

*Primer Concurso de relatos de
Terror*

Tierra de Leyendas

*Relatos presentados al concurso
Documento para el jurado*

¡Maldición!

Saltó del coche de caballos, atravesó la neblina zapateando sobre los adoquines y observó la figura negra que estaba frente a la puerta del cementerio. El inspector se detuvo unos instantes, conteniendo la respiración y aguzando el oído, y tras sopesar varias posibilidades se acercó a paso vivo hasta la sombra.

—Buenas noches señor.

El inspector sacó su reloj de bolsillo, abrió la tapa y buscó un débil rayo de luz de luna que iluminase la esfera.

—Vaya, se ha parado— murmuró tras iluminarla.

—Amanecerá pronto, señor.

Dio dos golpecitos al reloj, lo devolvió al bolsillo del chaleco y asintió indiferente. El frágil silencio de la hora que precede al alba era roto por el ronroneo del Manzanares, más allá del Monte de las Ánimas y el Sacramental de San Isidro. De pronto, unos chillidos informes y escalofriantes sobresaltaron al viejo policía, que aspiró la pipa antes de cabecear con pesadez frente al agente.

—Urracas —añadió el guardia—. Es por aquí, señor— e hizo un ademán.

En el camposanto flotaba un aire húmedo y pesado, y el inspector sintió el frío subir desde la tierra helada hasta las rodillas, durmiéndole los dedos de los pies. Seguía al lento agente, que respiraba como un animal furioso, desplegando la nube de una locomotora a su paso. Taconeó con fuerza para revivir los dedos y el guardia se sobresaltó, apoyó el fusil en la cadera y dio dos vueltas sobre sí mismo.

—No haga eso, señor... —suspiró—. ¡Por Dios, qué susto...! —calló unos instantes—. Es ahí...

Señaló con el extremo del cañón un templete de mármol gris que asomaba vagamente entre la bruma. El inspector zaqueó hasta el achaparrado y desangelado edificio y contempló unos instantes sus paredes sencillas y desnudas.

—Traiga una linterna— dijo con autoridad.

—La única linterna que hay la tiene López, que vigila al sospechoso— añadió inseguro.

—Pues hágales venir.

El agente desapareció, dejando atrás un leve crujido de tierra helada. El viejo oficial apoyó la espalda contra el templete y dejó que una lágrima brotara con naturalidad, como si fuera una gota de rocío. Pensó unos segundos en María y tras golpearse la cara, desterró el dolor. Se sintió repentinamente viejo y ajado, dolorido por la mella del tiempo, como si los gusanos ya horadasen su pecho descarnado y huesudo.

Súbitamente, un punto amarillento tomó la forma de una linterna de aceite, y la sensación de soledad y vacío se atenuó mientras las tres figuras llegaban hasta él.

—Éste es el sospechoso, señor. Se llama Judas Belda y es el sepulturero— el guardia acercó la linterna a la cara del macabro personaje, y el inspector sintió ganas de golpearle su deforme y angustiado rostro.

—Entremos.

Arrancó la linterna de manos del subalterno y atravesó el negro vano con los ojos hacia lo alto, no quería ver lo que había en el suelo. No estaba preparado para ello. El mefítico aire era difícil de respirar, como barro que arañase la garganta, y el viejo policía recordó con vaguedad otras muchas escenas parecidas, en rincones angostos y terribles donde la muerte se abría paso.

De pronto, el enterrador gritó profunda y salvajemente, empujando a uno de los policías contra la pared del templete. Enloqueció unos instantes, golpeando con la frente el frío mármol.

—Dejadle que agonice— sentenció el inspector.

Entonces, enfocó el haz de luz hacia el ara que presidía la tenebrosa sala. La oscuridad devoraba la débil llama, así que dio un paso adelante. Intuyó sobre el ara una vela consumida y un libro abierto con una daga como separador, y no pudo reprimir el temblor de sus manos. La linterna

osciló dibujando resplandores lúgubres en el aire, y el inspector cerró los ojos instintivamente.

Después de tantos crímenes, tanto odio y miedo acumulado, sintió que la tensión superficial de su cordura se quebraba, para hundirle definitivamente en las entrañas de una vaga conciencia de irrealidad. Sollozó mientras recuperaba la imagen de María, trotando alegremente entre las flores del parque, sonriendo y con los ojos plateros mirándole fijamente.

El tiempo se dilató fatalmente y pensó en lo desdichado de su situación. «Todo esto me ocurre porque nací el primero de noviembre», se dijo con pesadez. «Nadie debería nacer el día en que se llora a todos los muertos», repitió varias veces en su cabeza. Abrió los ojos lentamente y empujado por la nerviosa respiración del sepulturero amordazado, dirigió la luz al suelo.

El frágil y delgado cuerpo de una chica yacía boca abajo, estirado sobre el mármol y cubierto por una mancha oscura. Creyó advertir un suave movimiento en el vestido de encaje y sintió como una araña le subía por la espalda. Alguien había asesinado a su hija, un ser horrible y despiadado que trataba de invocar al Diabolo en un hediondo templete. Deseó sentir rabia, pero una fuerza superior se lo impedía. Era miedo lo que le golpeaba el esternón, un terror irracional que le venía de muy adentro, del día en que nació, de las funestas ánimas que le alejaron de los cementerios durante su infancia, del pavor que le provocaban estatuas de ángeles y cruces recortadas contra un cielo plomizo. Y dominándolo todo, revivió el olor pegajoso de los claveles y los lirios engullendo el aire respirable, arrancándole náuseas del vientre.

El inspector se arrodilló frente al cuerpo, con el alma tan pesada que se deslizó fuera de su ser, esparciéndose por el suelo como una balsa de aceite. Pensó en lo mucho que había temido este momento, y en que quizá, lo había soñado alguna vez. Inspiró con levedad y acercó una mano trémula y huesuda al cadáver de su hija.

De pronto, sintió una presa cálida y suave en la palma. El vestido se agitó, el cuerpo giró fantasmal y la pipa del anciano policía golpeó el suelo. El grito se ahogó en su garganta antes de que pudiera desgarrarla, y sintió que el corazón se le detenía cuando vio los grandes ojos de su hija terriblemente abiertos. Sus labios delgados y temblorosos dejaron escapar una brizna de soplo, y el inspector se hundió en un pozo cada vez más profundo de desolación y horror.

—¡Maldición!— gritó desesperado.

Y fue en ese instante cuando ansió su propia muerte. Y segundos después, deseó la de sus compañeros del departamento, así como la de su infausta y siniestra familia.

—¡Feliz cumpleaños papá!

Al Azif, la voz de los demonios

El día en que el extranjero llegó la gente se apiñó para verlo en las maltrechas ventanas de la posada. Su andar levantando polvo, su piel cetrina, su sola presencia inspiraban recelo y miedo, pero tenía un magnetismo inefable.

Los ancianos habían invocado por tercera vez la venida de un espíritu que nos librara del mal. Finalmente habíamos sido atendidos, el poderoso Nusgam había enviado un emisario para liberarnos de la plaga.

Nadie se atrevió a hablar con él a solas. Una muchedumbre, entre la que me encontraba, le explicó la situación mientras comía con la mirada fija en su plato y esa peculiar respiración silbante que recordaba el ruido de insectos: *Al Azif*.

No sé quien comenzó a llamarlo así entre murmullos, pero en Al Azif, la voz de los demonios, la ciudad depositó su esperanza de acabar con la plaga.

—Verá usted, tenemos una plaga terrible. Las ratas están por todas las calles, las mujeres preñadas tienen pesadillas... —decía aquel.

—Les digo que es una maldición, hay tormentas y huele a azufre cuando nacen niños. Por la

noche el viento hace que los árboles emitan un crujir angustiante. Si usted pudiera liberarnos... — coreaba el de más allá.

—Es cosa de brujas, cuando nacen gemelos, siempre muere uno al día siguiente y los gusanos llegan al hoyo del entierro antes de poner la caja. —Terciaba otro— Pero le podemos pagar muy bien si deshace el hechizo.

Interrumpiéndonos en todos los tonos prometimos darle en propiedad el viejo palacio municipal, la fachada está desconchada pero es un edificio grande. Ofrecimos también la tierra entre ese y la Iglesia, que nunca llegó a ser convento.

—El agua se hace agria en los pozos y hace meses nuestros niños no hablan, se sientan en silencio a contemplar lo que esté en frente. Usted puede ayudarnos.

El cadavérico sujeto cejijunto asintió con la cabeza sin dejar de zumbar. ¡Había aceptado! Al Azif nos libraría de la plaga.

*

Por la noche comenzó el zumbido, más intenso ahora. La voz de Al Azif, como enjambre multiplicado, cubría cualquier otro ruido en la ciudad, cautivando a las ratas. Era un zumbar continuo, meloso, que recorría la médula como corriente eléctrica.

Ratas y humanos poblaron las estrechas calles. Conversábamos entre murmullos, como en un velorio, comentando lo efectivo que estaba resultando, lo provechoso que sería para la ciudad ese extraño —nadie mencionaba el temor, la inquietud, el zumbido.

Los críos correteaban, aún sin hablar, pero entre risas y emulaciones de zumbidos, mucho más vivos de lo que habían estado desde que comenzó esta peste.

**

Ya están dentro. No había más que cantar un poco para deshacerse de la plaga. ¡Que torpes, que débiles esos suplicantes que no hacen algo tan simple! Comencemos pues, lo más rápido será la cabeza.

Sí, primero las grandes, son algo más resistentes... eso es, si se les sostiene con fuerza se desprende de un solo corte... ¡Maldita plaga inmundada!

Se agolpan contra las paredes, me muerden las infames criaturas... ¡apestosa a cloaca! Me molesta que chillen, he decidido mejor terminarlo a golpes.

Las había grandes, uno pensaría que sus huesos eran más sólidos, pero se quebraban como varas. Lo único malo era su horrible ruido, ese chillar de presa herida. Ya veo por qué no quisieron ellos este trabajo, ese maldito ruido...

Aún no amanecía cuando Al azif se presentó en la posada, aún oliendo a sangre, victorioso, para recibir las escrituras de su tierra al amanecer. La ciudad pareció hundirse en el mismo instante en que cesó el zumbido. Todos lo supimos, la realidad nos golpeó de pronto, las mujeres tuvieron crisis histéricas, los hombres lloraban, las ratas repoblaron las calles en donde no había más niños mudos y embrujados.

En la desolación, más de uno se atrevió a decirle que no era lo acordado...

No pude resistir el zumbido que me trajo hasta el vetusto palacio municipal. Estamos sobre un piso ensangrentado, escuchando el mortal sonido que algunos involuntariamente reproducen entre risas de angustia, esperando a Al azif.



Alumbramiento

«No diríais que era luz de un niño.»

V. Aleixandre

19 de Septiembre de ...

¡REFUGIO VALLOT!

No es un vivac en la cumbre del Mont Blanc pero con la ventisca que ruge fuera, me doy por satisfecho.

He subido de una tirada desde el teleférico pero he tenido que dejar el alma en el camino.

Pude haberme quedado en el refugio Gouter, pero estaba tan atiborrado de montañeros de pacotilla que me han dado bascas y he tenido que seguir subiendo.

Detrás de mí venía alguien más... ¡una luz en la ventana!.. ¡Voy a asomarme!..

Brrr... no se ve a nadie... ya vale de escribir por hoy, hay mucho que hacer.

20 de Septiembre de ...

Ha sido un día fantástico, la montaña completamente vacía y toda la cumbre para mí, sólo para mí. Acabo de regresar al refugio, ya está atardeciendo y todo su equipo sigue aquí, todo menos el saco, así que he llamado de nuevo a los gendarmes y han enviado un helicóptero... Lo de esta mañana ha sido inexplicable...

Está atardeciendo y dentro del refugio ya no se ve nada. Prendo un cabo de vela y fundo hielo mientras escribo el diario.

La tempestad me alcanzó anoche, mientras cruzaba la rimaya del Dôme de Gouter y me zarandé a su gusto toda la ascensión. La niebla era cada vez más espesa y me guié por el filo de la arista, pero la arista finalizaba en la cumbre del Dôme. Sabía que bajando un poco entraría en el Col de Gouter, un *plateau* inmenso, en una de cuyas orillas se encuentra el refugio Vallot. Conozco historias de montañeros que murieron en esa enorme llanura, buscando el refugio en la niebla hasta la extenuación.

Tiritaba de frío y de miedo, inmóvil sobre la nieve.

Saqué la brújula y esperé.

Mis pies se soldaron al hielo... Esperé.

El vendaval dibujó estelas de hielo en mi anorak... Esperé.

Un formidable golpe de viento se llevó el manto de niebla y millones de estrellas dibujaron la silueta de Vallot al otro lado del *plateau*. Veloz como un animal de presa, me llevé la brújula a los ojos y le tiré una visual, memorizando los grados como una letanía.

Aproveché aquel instante fugaz para mirar hacia atrás. Muy abajo el refugio de Gouter relumbraba como una verbena, pero algo más arriba titilaba una lucecita enfermiza, parecía que alguien seguía mis pasos. Otro embate de aire me recordó que estaba en precario. Alumbrándome con la linterna frontal, orienté la brújula en el rumbo que había memorizado y caminé con la vista fija en ella. Hay que tener mucha fe en que sabes lo que estas haciendo y en que lo estas haciendo bien, para avanzar en medio de la nada durante un tiempo infinito.

Ya era tan solo un muñeco articulado, un mecanismo sin alma, cuando algo frente a mí me devolvió un reflejo.

¡VALLOT!

En el interior, a resguardo de la ventisca, el primer minuto casi fue sofocante, pero sabía perfectamente que era una ilusión. Vallot es un refugio libre, bastante maltrecho, tan confortable como un congelador. Allí dentro podía morir exactamente igual que fuera.

Limpié de nieve polvo un rincón, maldiciendo la puerta desencajada y me puse a fundir el hielo que había recogido antes de entrar. Empecé a tiritar y me asaltó el pánico, estaba al borde de

la hipotermia. Me cambié de ropa y me metí al saco, sin dejar de atender el infiernillo. El hielo se fundía despacio así que le agregué el culo de agua que quedaba en la cantimplora. Cuando empezó a hervir añadí un sobre de sopa instantánea y lo bebí a sorbitos, entre tiritonas. El agua de la cantimplora llevaba litines y la mezcla era nauseabunda pero daba lo mismo: estaba caliente. Tan pronto como lo apuré, puse de nuevo el cacillo al fuego, con más hielo, mientras mordisqueaba una barrita energética.

Recordé la lucecita titilante que había visto por encima de Gouter. ¿Seguiría vivo? Tenía mis dudas.

Escribí algunas líneas en el diario hasta que fuera brilló un destello muy fuerte. Me calcé y salí a la puerta. Lancé unos cuantos gritos en medio de la ventisca pero sólo me respondió el gemido del viento acuchillado por los tensores del refugio. Desconcertado, volví al interior, la luz que se había colado por la ventana parecía muy próxima. Dejé el diario y me concentré en comer y, sobre todo, beber.

Bastante más tarde la puerta desvencijada se abrió de súbito y me cegó el foco de una frontal. Entró rugiendo un remolino y la nieve polvo se me coló por la nuca, traía en su seno un chico muy joven, helado y jadeante y muy, muy asustado. Se había perdido en el *plateau* y había estado vagando en la niebla negra, cada vez más aterrorizado, hasta que una luz muy brillante le descubrió el refugio y le salvó la vida.

No hablaba mi idioma y estaba desquiciado por el miedo y el frío así que no pude enterarme de nada más. Mi infusión ya estaba lista y se la puse en las manos. Eso pareció serenarle un poco.

Encendió el infiernillo pero llenó su cazo con nieve en polvo, de la que había metido la ventisca... hasta el más novato sabe que la nieve polvo consume mucho gas y apenas hace agua. Le expliqué que debía salir a por hielo, pero el rostro se le descompuso como si fuera hubiera algo más que una ventisca.

Sacó de la mochila una pesada caja de provisiones pero tenía la garganta demasiado reseca e inflamada como para comer nada, necesitaría al menos dos litros más de líquido. Al final renunció a todo, exasperado, y se metió en el saco. Yo oía como le castañeteaban los dientes pero su vida no corría peligro, así que continué fundiendo hielo hasta que me venció el sueño.

Soñé con luces que brillaban en la niebla.

Cuando desperté esta mañana, el muchacho había desaparecido. Su mochila y sus botas seguían allí, igual que la caja de provisiones y el infiernillo, arrumbados en un rincón, pero no él... ni su saco. Salí al exterior, preocupado, pero la ventisca había borrado cualquier posible rastro.

Llamé a los gendarmes con la emisora de emergencia del refugio, pero no le dieron demasiada importancia, creo que no me terminaron de creer. Me dijeron que alertarían a los refugios de la zona y que llamara de nuevo por la tarde, si no había aparecido.

Fuera, el viento enrabiado acabó por barrer toda la niebla y los primeros rayos solares convirtieron la arista Vallot en un hilo brillante que tiraba desde la cumbre.

Los guías que habían salido de Gouter un par de horas antes, tirando de sus clientes, se daban la vuelta: el vendaval no era apto para montañeros de salón. Me dejaban el Mont Blanc para mí solo, me equipé rápidamente y partí hacia la cumbre...

Ya oigo el helicóptero, viene por Bossons... oigo pasos fuera, no pueden ser los gendarmes... el helicóptero sigue acercándose... ¡LA LUZ! ¡LA LUZ! ¡LA L

El gendarme terminó de leer y miró incrédulo a su compañero, ambos conscientes repentinamente de los sonidos que les rodeaban en el diminuto refugio: el chisporroteo de la vela, el murmullo del agua hirviendo en el infiernillo, el viento ululando en los tensores cubiertos de hielo, el viento, de pronto, rugiendo en el interior del refugio, entrando por la puerta abierta de par en par, sus gritos de horror cuando LA LUZ los deslumbró...



Autorretrato

Mis hijos, ellos, me encerraron, me retrataron el alma, me cautivaron en un lienzo y yo me dejé convencer.

Murillo, pintor; creador de imágenes, técnico del color, de la paleta y del pincel; hábil del dibujo, del lápiz y del compás.

Y él mismo se condenó, él mismo robó y encerró su alma, pactada con el diablo pagano la inmortalidad. Eternidad. Así lo quisieron sus hijos y así fue.

El supuesto estudiante miraba embelesado el lienzo. Se hallaba en la National Gallery, en Londres. Era temprano, acababan de abrirle las puertas, aún el sol no tenía la suficiente fuerza para sobrepasar la sempiterna niebla londinense. Y allí permanecía, con su cuaderno y su lápiz, con sus ideas.

Retrato sobrio, con una gran carga psicológica, por no decir toda.

El cuadro le parecía correcto, era una buena obra, pero tampoco la mejor. Sin embargo, algo le atraía, la fuerza mental, la mirada escrutadora de cejas levantadas, quizás. Tal vez sólo fuera el trampantojo, el soberbio humor del pintor, engañando al contemplador, riéndose de él. La genialidad.

“Bart. us Murillo seipsum depingens pro filiorum votis acprecibus explendis.”

Murillo no se autorretrató, se inmortalizó, pensó Julio mientras anotaba la inscripción latina del óvalo. Volvió a mirar el cuadro, sintió el rasgar de su lápiz en el cuaderno, los ecos de los pasos en los matutinos visitantes, siempre alerta.

Gracias a una paleta pobre de colores, a juegos de luces, y a un poderosísimo realismo, el pintor es recordado como él quiso que lo hicieran.

Volvió a fingir la mirada perdida, ensimismado en sus pensamientos hasta que sin mirar fijamente encontró dos puntos rojos que se movían, uno a cada lado de la habitación. Dibujó en el rectángulo de su cuaderno dos equis señalando el lugar de las cámaras; tenía ya las salidas, las entradas, las alarmas, la posición del cuadro. Aquella mañana era solamente una supervisión, Julio ya sabía todo lo que necesitaba saber. Posiblemente dentro de un par de días ya hubiese cobrado por el cuadro y estaría de vuelta.

Julio se levantó, llevaba ya casi cuarenta y cinco minutos en esa habitación. Dio varias vueltas por la sección dedicada al siglo XVII, comprobando y detallando cuestiones, y se fue.

El falso marco donde Murillo se encierra, esperando a que alguien observe y lo saque, a que alguien sea cautivado por la inmortalidad, es la lámpara que guarda al genio.

Esa misma noche, una sombra entraba en la sección renacentista. No obstante, siendo sombra fue detectada, las alarmas sonaron y las puertas se cerraron, la policía fue avisada y los guardias corrieron hacia el lugar donde las cámaras la encontraban.

Julio, enmascarado, tenía poco tiempo hasta que descubrieran que la sombra no podía causar ningún peligro al museo, antes de que las cámaras enfocaran al perro. Con paso rápido y firme, habiéndose aprendido todos los recovecos de memoria, no tardó en presentarse frente al autorretrato, como hiciera durante dos semanas a plena luz diurna. Rápidamente, sacó una enorme tela suave donde envolver la pintura.

Todo estaba listo, tomó aire y se abalanzó, pero algo lo retuvo antes de poner las manos en el lienzo. Algo fallaba, faltaba. Ladeó la cabeza comprobando que no se había equivocado de

estancia. Y no lo había hecho, pero el cuadro no era el mismo. Julio comprobó aterrado que la mano, el detalle que caracterizaba al retrato, faltaba, no estaba, no a floraba de ningún marco, y encima el pintor le pareció, a la luz de su pequeña linterna, que sonreía.

No tuvo tiempo de elegir si escapar o llevarse esa falsa copia, lo habían descubierto, oía pasos apresurados y un haz de luz provenía del pasillo, agrandándose y agrandándolo.

Todo se hunde, todo se une a la pila de escombros pasados, no levanta polvo, sólo deja sombras.

Julio no podía irse, quedaría empalado por el riesgo, pero no se iba sin ese cuadro, con o sin mano. Despacio, se pegó a la pared, camuflando sus negros ropajes en la oscuridad. Los pasos se tranquilizaron, sintió la respiración agitada del guardia, la funda de la pistola soltándose.

El nerviosismo era palpable, y Julio, no obstante, llevado por la contrariedad y una incipiente obsesión, no era consciente de que se jugaba el cuello. Desenfundó suavemente el largo cuchillo paciente, aguardando.

¿Qué soy?, ¿qué es? Nada; y ello angustia. Una pintura; menos.

El puño alcanzó al guardia en la sien, desestabilizándolo, y antes de que éste pudiera reaccionar, Julio clavó el largo puñal en su costado. Sintió como una bolsa era rasgada en el interior, sangre y líquidos corporales escapando de ella por la grieta abierta por el metal. El machete se clavó unas cinco veces más, la última en el cuello. La sangre salpicó el pasillo, algunas gotas mancharon un retrato ecuestre de Carlos I y las inocentes manos de Julio gotearon carmesí.

Corriendo, abandonando el cadáver en mitad de la sala, volvió a su objetivo. Tuvo la esperanza, mientras acuchillaba al guardia, de que cuando él volviera la mano hubiera reaparecido, pero no fue así. Allí seguía sin haber nada.

Los dedos de Murillo tamborileando el segundo falso marco donde estaba encerrado.

Mancillando de sangre ignorada el marco de madera, procedió a descolgar el cuadro, a cortar cables, y agarrado a él, no pudo dejar de ver aterrorizado como unos dedos asomaban tímidos del falso cerco, y efectivamente, Murillo sonrió. La mano volvió, pero no paró donde debiera sino que siguió saliendo del cuadro lenta e inexorable, rompió los límites de la pintura volviéndose real, aunque siempre lo fuera.

Julio no pudo reprimir un grito, con sus caricias había liberado al demoníaco genio. La mano conforme iba siendo iluminada por el rojo de las alarmas, en contraste con el negro de Julio y en consonancia con la sangre derramada, fue pudriéndose a ojos vista, el tiempo no pasaba en vano para aquella copia de la literatura, de Dorian Gray y su retrato.

Unos dedos largos y cenicientos, huesudos con carne y óleo colgante, sangre podrida que se mezclaba con las tinturas que la inmortalizaron, como toda buena broma de perspectivas, agarró por el cuello al sorprendido ladrón.

Sobrecogido.

Murillo ya no sonreía, su rostro se había vuelto completamente expresivo, la rabia había tomado forma en él, los pelos despeinados se agitaban con cada esfuerzo, las arrugas de los labios abiertos iracundos se habían vuelto profundas mientras apretaba, mientras absorbía la vida de aquel muchacho.

Y cuando cedió la vida, el alma, y el cuerpo cayó inerte, aún fue sujetado por la fuerza de la pintura. Entonces, la mano retrocedió con ella, agarrando bien, el cuerpo del ladrón.

Por unos instantes, las cámaras captaron una transformación, el autorretrato de Murillo se había vuelto Saturno devorando a su hijo. Un Murillo deformado y desgarrado agarraba por el torso

a un pequeño ladrón de infortunios. Con un bocado feroz le arrancó la cabeza que masticaba sintiendo crujir el cráneo y añadiendo color a su cuadro. Un hilo viscoso se derramaba de la comisura de sus labios y, arrojando lo incomedible al museo, volvió a colocarse en la eterna postura.

Las tinieblas inundando la sala. Tenebrismo infundando, validez saciada.

Como todo buen pintor, siendo copista del propio arte y de la literatura, Murillo se immortalizó. El diablo habita en el pincel y la paleta, dotado de eterna vida mientras devora almas incautas. Las primeras: las de los que se lo encargaron, las últimas: un guardia y un ladrón fortuito.

“Murillo retratándose para satisfacer los deseos y los rezos de sus hijos”.

Bestia Infernal

Aquella tarde llovía y hacía frío. Mi novio había llamado diciendo que saldría tarde y como no me asusta el mal tiempo, decidí visitar a mis tíos.

Adoro los días en los que todo el mundo se queda en casa con la estufa dorando sus pies mientras que amodorrados hacen caso omiso al televisor. Esos días en los que las calles representan un guión apocalíptico donde un virus ha assolado el mundo y la población ha decrecido en un noventa por ciento. Esos días en los que quiero ser protagonista de esa historia y lo que hago es darme un paseo por los desiertos urbanos. Los paraguas de los *supervivientes* doblándose, los envases de plástico danzando y los coches estáticos bajo el aguanieve.

Solté un riguroso «hasta luego» al cavernoso salón de mis padres y bajé a la avenida siguiendo el paseo del parque. Recordé entonces algo que hizo plantearme las casualidades de la vida; hoy era un día señalado, hoy hacía un año que mis tíos habían muerto en un accidente y precisamente hoy había decidido visitarlos.

Mis tíos, como anillo y dedo, estaban hechos el uno para el otro. Desde que tengo uso de razón, recuerdo que siempre estaban viajando. Picaban billete hacia rincones del mundo que jamás conoceré. Y menciono el odioso adverbio porque sé que **jamás** iré a Mata—Utu, en las Fidji, por ejemplo. O **jamás** pasearé por las calles de Antananarivo, en pleno corazón de Madagascar. La gente normal no viaja a esos lugares, la gente normal no muere a ocho mil kilómetros de casa. ¿Es esto una buena razón para tenerles rencor y descargar así el dolor de mi barriga? No, sin embargo, me consuelo pensando que murieron disfrutando.

Que no todos pueden.

Ir con éste temporal al cementerio, me asegura no encontrar a ningún familiar rondando el sepulcro. Nada de besos, de abrazos. Nada de conversaciones banales y por lo tanto nada de perder el tiempo.

Una vez en la entrada, atravesé la gótica reja de las cuales solo una de las dos hojas permanecía abierta. Todo muy solitario, aunque un viejo ataviado con gorra de marinero apoyado sobre una vespino, me miró de arriba abajo, comentando algo al de su vera. A paso rápido seguí por el largo tramo de asfalto que atraviesa el camposanto y antes de girar por *Sendero Eterno*, me volví hacia los inmorales sólo por precaución. Otro personaje se había unido. Éste último hacía señas descaradamente para que volviera hasta ellos. Obvio era que tendría que salir por otra puerta.

Encontré la callejuela en cuyo fondo aparecía la elegante imagen de EL BESO de *Rodin* sobre la losa. Mamá había removido cielo y tierra por conseguir la figura. Decía que se lo debía a ellos, entusiastas del grabado. Por lo visto, mis tíos se habían conocido bajo una de las originales en la gliptoteca de Copenhague. Mamá pensaba en el mejor de los regalos.

Di unos cuantos pasos por el camino de chinias y mis lágrimas fueron llegando cuando de pronto escuché pasos en las calles paralelas. Un hombre agachado tras las hileras. En las otras calles algunos más se camuflaban por los enterramientos.

Oí un grito más cerca. De hombre también. Y muy próximas sus pisadas. Poco a poco apareció entre nicho y nicho a unos metros de mí. Él no se percató de mi presencia. Miraba asustado a las criptas, reculaba con desconfianza. Imaginé qué había visto en las tumbas a... ¿Y si los que se escondían pretendían hacerle daño? ¿Eran los de la puerta? No podía asegurarlo. La noche gris escoltaba al temporal y mellaba la vista. Mis gafas se empañaban por el frío. ¿Cada cuánto te quedas con la cara de los extraños? Quizás se dedicaban a atracar a todo transeúnte que tenía la genial idea de entrar en un sitio como éste, en días como éstos.

Un estruendo retumbó en las fosas. Sorprendida, presencié como mi compañero de fatigas daba media vuelta y salía correr. Lo perdí de vista, así que debió caer. Huía de un... ¿panteón? ¿De uno grande de dónde procedía un gruñido mientras el mármol se resquebrajaba? Quise huir cuando la construcción se vino abajo ante mis ojos. De su interior, entre la polvareda, quedó una sombra. Mi tímido grito apenas se oyó en la escena. La víctima al otro lado gritaba también. En aquel momento advertí como tiraban de él. El cuerpo del individuo se deslizaba por las chinias como absorbido. Sus gritos aumentaban en potencia. La sombra esclarecía en el polvo cuando una voz serena dio una orden desde algún lugar. Varias personas irrumpieron de la nada; hombres—cable, hombres—focos, demasiadas personas.

Intenté dar un rodeo y pasar desapercibida.

—Veo que no te has perdido *Bestia Infernal*—dijo alguien atrás.

Solté una vergonzosa sonrisa, y sin dejar de sujetar mi bolso, salí por la puerta principal.

Corazón delator

He terminado. Siento un alivio profundo que me inunda, me libera. He cerrado ese ojo maldito. Lo he encerrado para siempre tras los seguros pliegues de carne entre los que se ocultaba.

Me miraba. Siempre me miraba. Por supuesto, nadie lo notaba. Sólo yo. Me quedé paralizado al verlo por primera vez. Me estaba mirando. Me escrutaba, invadía todo mi interior, desvelando todos mis secretos, mis pensamientos. Manoseándolos. Arrugándolos. Empecé a verle en sueños, brillando en la oscuridad de mi habitación. Me despertaba y su sombra, alargada, aún estaba allí, flotando en el aire como el rencor y el olor a podrido. Los días se sucedían. Me contemplaba con una apatía alienígena de deidad indiferente. Despreciaba la emoción que causaba en los que le esperaban. Por eso decidí hacerlo.

No me costó trabajo sedar a la mujer. Muy levemente, lo justo para poder atarla. Cuando empecé la exploración manual, ella volvió en sí. Todo tenía un tinte irreal, de pesadilla o de atentado. Sus gritos, amordazados. Yo proseguía. Entrando más. Más. Sus ojos estaban lívidos de pánico. Una súplica muda, desesperada, en ellos. Por favor. Sudor constelando su frente, bailando en sus mejillas con las lágrimas. Su ya abultado vientre se convulsionaba de terror. Mi enemigo lo sabía. Sabía que me adentraba, que me acercaba a él para estrangularle, para apagar de una vez aquel ojo maldito que me miraba con un malévolo resplandor lechoso desde el monitor de la ecografía.

Ahora he terminado. Siento un alivio profundo que me inunda, me libera. Me dirijo a la puerta. Sin culpa. Sin remordimiento. No me importa que pase después. A mi espalda, los sollozos doloridos de la mujer se arrastran por las paredes de mi consulta.

Y entonces sucede. Mi mano se crispa en el picaporte, cuando llegan hasta mí los latidos, los latidos aún vivos de su horrible corazón.

En casas oscuras

Hasta hoy nunca había sentido esta necesidad de contar una historia.

Podéis confiar en mí, siempre que tengo ocasión me limito a escuchar las anécdotas de otros. Desde luego dispongo ahora de cantidad de situaciones que merecerían un atento silencio: algunas que harían reír a carcajadas a los más serios u otras con las que llorarían los más insensibles y muchas que estremecerían al más valeroso, eso seguro.

Todo el mundo tiene algo que contar, he podido comprobarlo durante años y años, y no hay muchas personas que escuchen. Quizá por eso ha florecido en mí la curiosidad de contar esta historia tras tanto tiempo, quizá por saber si alguien, entre toda esa gente ansiosa de explayarse, me oiría atentamente.

Todo le ocurrió hace unos años a un chico enclenque y asustadizo que vivía en los suburbios de Leipzig, Alemania, una noche de invierno en que su vecina intentaba atemorizarle.

—Cuando un vampiro, en plena noche, se te acerque por detrás, lo hará deslizándose suavemente, tan suavemente que no escucharás nada hasta sentir su cálido y húmedo aliento en tu nuca.

Ron sintió una bocanada de aire tibio en su cuello. Ella tenía un par de años más y se divertía asustándole de ese modo, aunque era mucho peor cuando algunas tardes se detenían frente a la casa abandonada del barrio y ella hablaba de los extraños rituales que se habían realizado dentro y se inventaba las voces de los muertos que la guardaban entre los sonidos del aire. En sus paredes semiderruidas el musgo lo devoraba todo con ayuda del tiempo, las ventanas estaban rotas y los marcos golpeaban cuando el viento les reclamaba con violencia, así que quizás fuera cierto.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—En ocasiones pienso que fue un gran vampiro quién vivió en la casa de los muertos. Torturando dolorosamente a sus enemigos, pero manteniéndolos siempre lo suficientemente vivos para que no pudieran descansar en paz... Hasta nuestros días. —Ella continuaba imaginando sus historias de miedo.

—Vamos, ya vale.

—¿No me crees, verdad?

—Boh, cállate Lucía. —Pocas veces la llamaba por su nombre completo, pero le molestaba que le distrajese mientras leía.

—Eres un mierda. Vamos a acercarnos, solo un momento.

—Que no, joder. No pienso ir.

Poco después estaban frente a la casa, el viento de la noche agitaba las copas de los árboles y el frío les helaba la sangre, la oscuridad también. No sé cuál será vuestro ideal de mujer, el de Ron era ella: Delgada y de piel clara, ojos azules, pelo negro, botas militares y vaqueros rotos. Nunca le había costado mucho convencerle de nada.

—Entremos —dijo, adelantándose. La luna iluminaba la entrada. Era un edificio antiguo, con varias plantas y un jardín trasero. Los ladrillos ennegrecidos, las ventanas rotas o con las bisagras arrancadas, la fachada en general acusaba la dejadez del paso de los años.

Empujó la pesada puerta de madera y metal; algo de claridad, en pugna con la sombra, entró en la casa. Él notaba en la garganta una mezcla de miedo y ansiedad; ella sopesaba su avance, sentía como si cada paso fuera el último mientras dudaba si pisar aquí o allá, entre los destrozos.

Lentamente se adentraron por el corredor hacia lo profundo. Los andrajosos cuadros a los lados del pasillo, algunos de ellos caídos, representaban escenas bíblicas.

—Venga, cobarde, sígueme —le animaba ella.

Las habitaciones eran oscuras, iluminadas levemente por el resplandor plateado de la luna.

Había una gran biblioteca gótica con volúmenes polvorientos, ediciones antiguas de libros de ciencias, cuentos de terror y esoterismo. Rob sentía la presencia de la sabiduría y la vejez entre esas cuatro paredes. Lu se limitaba a ir de una habitación a otra sin detenerse demasiado en ninguna. Seguía imaginando la historia de la casa en voz alta.

—Ríos carmesí debían correr por estos pasillos, que ya han olvidado el sabor de la sangre... —y lanzaba al aire una sonora carcajada, acompañada de un portazo. Ron escuchaba desde un par de habitaciones más atrás, gustoso de contemplar las obras de arte olvidadas, muchas de ellas carcomidas o rotas.

Recorrió con las yemas de los dedos los bordes de las estanterías, los lomos de cuero de los libros, los marcos de los cuadros, las curvas de las esculturas. Una representaba a un lobo malherido, caído en el suelo con una herida abierta, alzando sus últimas plegarias a la luna. Ron sentía la presencia tan real como si el lobo se encontrara allí, como si sus aullidos se escucharan.

A quién no oía era a Lu. Se había callado al fin. Ron salió de la estancia en la que se encontraba y recorrió el pasillo dejando las puertas atrás para alcanzarla. Llegó al final del pasillo y encontró unas lujosas escaleras que ascendían. Subió por ellas. El piso de arriba parecía desierto, más aún. La parte este de la casa estaba derrumbada y no había puertas cerradas a la vista, tampoco ningún rastro de Lucía.

La soledad asaltó a Ron de repente, como solo ella sabe hacerlo. Volvió a descender la escalera y se sintió en un mundo que no era el suyo, como el personaje de una historia equivocada. Gritó buscando a su amiga. Él no tendría que estar allí, aunque algo le susurraba al oído que se quedase. Ron eres un mierda, no deberías tener miedo, se dijo; pero la voz seguía allí.

La presencia que antes sintiera se había hecho más fuerte. Giró sobre sí mismo, asustado, aunque sabía que no vería nada a oscuras. Intentó volver atrás pero estaba temblando, a punto de caer al suelo. La voz se hizo más clara. Era una voz cavernosa, antigua y oscura. No le estaba hablando a él, pero la escuchaba con facilidad. Le recordaba el dolor y la sed de sangre. La voracidad de las batallas medievales. Estaba tan cansado tras tanto tiempo sin beber... Ron sabía que tenía que salir de allí, empezaba a razonar sin claridad.

Eres un mierda, Ron.

Eso había sonado en toda la casa. Lo había oído. Miró a su izquierda y vio a Lu sonriéndole. Se insinuaba más hermosa que nunca y se sintió estúpido, caído en el suelo a causa del miedo. Ella se acercaba a él con decisión, con una mirada de pasión en los ojos. Acercó su cara a la de él y sonrió, con una sonrisa cargada de maldad. Él pensó que era un cobarde, ella había vuelto a engañarle.

Pero ella no se burló de él como de costumbre, en vez de eso acercó su boca a la de Ron. Sus labios se tocaron, se detuvo el tiempo, las bocas se abrieron y poco a poco las lenguas comenzaron una danza ardiente, que se fue convirtiendo en lucha sentimental. Las bocas se separaron y ella se acercó a su cuello, lo llenó de besos y de pequeños mordiscos, ella le acercó hacia sí con fuerza, y él sintió como los colmillos desgarraban su carne.

El Abrazo fue terrible, irreplicable mezcla de dolor, placer y pasión. Un torrente de miedo que dejaba paso a la paz más absoluta, un precioso instante de la eternidad detenida.

Aún hoy después de tanto tiempo su recuerdo me hace estremecer; aunque haya vivido unos siglos más que ese niño que nunca he vuelto a ser. Ahora será mejor que descanse. Este estado de no muerte es agotador, y tengo tanta sed...

Culto a los clásicos

Hoy la paliza no había sido muy dura. Javier estaba tan borracho que golpeaba más al aire

que a su hijo. Fran, con sólo ocho años, había aprendido a controlar la rabia para evitar que su padre se ensañara demasiado. Se protegía desganado, observando como Javier atizaba desmañadamente a tres Franecitos parpadeantes. Cuando su padre cayó pesadamente sobre el sillón frente a la tele, Fran permaneció inmóvil, con los puños apretados y dos pequeñas lágrimas ácidas recorriendo sus mejillas

—Ven aquí, hijo. No llores. Vamos a ver una peli tu y yo, venga —Javier gesticulaba torpemente con un brazo, tratando de parecer amistoso—. Mira, vamos a ver esa que tanto te gusta.

En realidad Fran odiaba esa película. Su padre siempre la ponía después de pegarle. No sabía por qué, pero parecía que le calmaba. Las escenas silenciosas, la lluvia, los colores grises...

No quería ver la película, ya se la sabía de memoria. Se fue al cuarto de baño a lavarse la cara y curarse los rasguños. Mirando las pequeñas lesiones superficiales que su padre le había causado, incluso sintió lástima por él. Ya no era capaz ni de amaratarle. Estaba hecho un guiñapo, un pellejo apestoso que pululaba indeciso de bar en bar. Fran se vistió. Esos pantalones ya le venían muy cortos. Se fue a clase. Le gustaba la clase. Estaba limpia y ordenada, la señorita le trataba con cariño y tenía muchos amigos. Las mamás de sus compañeros siempre le llevaban algo de merendar, a veces tenía dos o tres meriendas para un día. No le venían mal, las guardaba en la mochila para poder cenar.

Volvió a casa tarde. Su padre no estaba. Se acostó pensando en el mal aspecto de su padre, su decadencia física y mental. Su papá pronto se marcharía, igual que su mamá. Pero mamá fue al cielo. Papá no sé a donde irá.

Javier llegó a casa casi al amanecer. En el barrio de casitas prefabricadas retumbaban sus pasos lentos e irregulares. Se detuvo frente a su verja. Sólo le separaban de la puerta de casa un par de metros de jardín selvático, el cual invadía irreverente el caminito de gravilla que antes le servía de guía para no perderse. Miró su casa. Destacaba por ser la más desaliñada de la calle, con sus tejas rotas, su cañería torcida y sus paredes amarillentas. Pero algo le llamó la atención. Las persianas estaban descolgadas y se balanceaban ligeramente, chirriando y chocando entre ellas. No estaban así anoche cuando se fue. Aunque bien pensado, no recordaba la última vez que se fijó en ellas.

Puede que hiciera meses... Entró tambaleante, abriéndose paso entre la mala hierba y pensando en esas malditas persianas de madera que no le dejarían dormir con sus irritantes golpeteos.

Al entrar en la casa, se sorprendió de lo limpia y ordenada que estaba. El puñetero niño habría estado trasteando por todo. O peor aún, la madre de alguno de sus amiguitos. Sería mejor que no hubiesen tocado nada de su habitación. Los cambios hacían trabajar demasiado a sus agónicas neuronas y decidió no subir al dormitorio. Se quedó durmiendo en el sillón, con su película favorita reproduciéndose una y otra vez.

Javier despertó a media mañana, con ganas de beber. Pero primero tendría que ir al baño a vomitar, o las náuseas no le permitirían dar ni un trago. Entró en el cuarto de baño sin mirar, buscando un agujero por el que desechar el apestoso contenido de su estómago. Mientras se enjuagaba la boca, vio algo extraño reflejado en el espejo. Mejor dicho, no lo vio: faltaba la cortina de la bañera. Se quedó pensativo, quizá la había arrancado al llegar por la noche... quizá. Se sobresaltó al escuchar una voz. El maldito niño debería estar en clase. Si no se ha ido, se va a enterar de lo que es bueno. Subió las escaleras todo lo sigilosamente que su resacoso cuerpo le permitía y se detuvo en el último escalón.

—No te atrevas a hacerlo... —decía una voz ronca.

—Tú no eres nadie —respondió Fran—. Ya no sirves para nada, y no pienso seguir aguantándote. Seguro que la madre de Luis se querrá ocupar de mi cuando tú no estés. Y prefiero estar con ellos —silencio—. Me das asco —Fran escupió las palabras más que pronunciarlas.

—Te vas a enterar de lo que es bueno —susurró la extraña voz.

Javier pensó que estaría alucinando por la abstinencia. Estaba deseando de que así fuese, pues si Fran estaba acompañado, no podría propinarle los azotes que se merecía. Además empezó a

sentir escalofríos en la espalda. Las voces salían de su habitación. No estaba seguro de querer entrar y enfrentarse a sus delirios sin tomar antes una copa. Empezó a bajar las escaleras, con menos precauciones de las que debería. Cuando le faltaban algunos escalones Fran le llamó:

—¡Papá!

Me llama. ¡Está en casa! Y encima me habla con esa vocecita melosa, como cuando quiere pedirme algo. Claro, como está con un adulto, aprovechará la ocasión. Pero ya se quedará solo... Se va a enterar de lo que es bueno.

Javier dio media vuelta rápidamente y subió a tropezones las escaleras. Entró en su dormitorio. Allí no había nadie. La puerta se cerró tras él con un golpe seco. En ese momento se percató de otro cambio: había una mecedora junto a la ventana.

—Estoy delirando, es seguro. Tengo que dejar de beber. - Javier hablaba en voz alta para calmar los nervios, entre carcajadas histéricas. - Tengo que dejar de beber.

Se sentó en la mecedora y se empezó a balancear compulsivamente, riendo como un loco.

—¡Papá!

De nuevo la llamada con vocecita azucarada. Javier siguió riendo. El niño está en clase, es un buen chico. Y yo estoy alucinando. Necesito una copa.

Se levantó de la mecedora y se dió cuenta de que junto a ella había una botella de whisky abierta.

Dio un largo trago, de esos que sólo puedes dar cuando ya tienes la garganta cauterizada de tanto beber. Más calmado, decidió volver al salón. Cuando se dirigía hacia la puerta, resonó la dulzona voz a sus espaldas, que repitió de nuevo:

—¡Papá!

Esta vez se volvió lentamente, pálido y sudoroso, con la botella de whisky bien agarrada por el cuello. Allí estaba Fran, saliendo con toda naturalidad del armario.

—Hola papá. ¿Te gusta la mecedora? He pensado que te encantaría. Sólo falta alguien meciéndose en ella. Tú quedas muy bien, te he visto mientras la probabas. Siéntate.

Fran sonreía y hablaba tranquilamente.

—Don-don-donde... ¿dónde está el tío ese con el que hablabas, eh? ¿También está en el armario?

—¿De quién hablas, papá?

Mientras Fran se acercaba lentamente a su padre, Javier retrocedía. Chocó contra la mecedora.

—¡Dónde está ese tío! ¿Qué te has creído? ¿Que te vas a librar por traer aquí a un mierda? Te vas a enterar... - sus gritos se fueron apagando hasta convertirse en un hilo de voz que finalmente se quebró.

Fran siguió acercándose a él hasta que Javier se sentó en la mecedora. Le dolían la cabeza y el estómago. Miró por la ventana. Tenía la vista nublada. Volvió a mirar a Fran.

—Te te te te... - Javier dejó caer la botella mientras se desvanecía lentamente.

—Te vas a enterar de lo que es bueno – roncó Fran.

El tercer concierto

Capítulo diecinueve... ¿dónde estoy?. Esa campana que suena de forma insistente, confunde mi mente todavía dormida. Las piernas y los brazos, no me responden; tampoco la garganta, no puedo hablar, no puedo gritar, no sé qué hora es ni en qué día me encuentro, sólo veo niebla a mi alrededor; siento mucho frío y no es el frío acostumbrado. Tengo miedo.

Tampoco acierto a comprender quién me ha traído hasta aquí. Estoy acostado sobre un suelo húmedo, todo parece oscuro, noto algo cálido cosquilleando en el cuello, huelo a sangre, ¿es la mía?. Ahora vendrán las ratas, pasa siempre igual, lo he leído en algún libro, y después, unos

hombres con trajes negros arrastrarán mi cuerpo pensando que estoy muerto, pero no, no es así, no debo estarlo. Por favor que alguien me ayude, por favor, por favor...

Página... necesito dormir otra vez. Quizá, si alguien llega, se dará cuenta de mi estado y me preguntará, pero no podré responderle, no podré contarle... ¡oh, dios!, acabo de recordar... no es posible, no puede ser real lo que me está sucediendo.

Debe ser viernes, pues he asistido a ese concierto. Sí, era música de Beethoven, con una orquesta alemana. Al acabar, todos se iban marchando, mientras yo recorría el teatro para conocerlo por dentro.

Alguien se acerca, sigue la niebla, tengo mucho sueño...

—¿Puede oírme?

—¿Dónde estoy?

—¿Puede oírme?

—Sí, puedo oírle, pero no puedo hablar. ¡Ayúdeme, por favor!

—No responde Marc, me mira fijamente, pero no responde. La herida del cuello es profunda, ha perdido mucha sangre. Tenemos que salvarlo, quizá sea el único testigo.

Ya no hay niebla. Esto se parece a un hospital. Me duele el cuello, es un dolor insoportable. Estoy cansado.

—No dejes que se duerma, háblale, entreténlo como sea mientras voy a buscar al forense.

—¿Cuántos han sido por fin?

—Cincuenta. Todos muertos. Ha sido terrible y macabro.

—¡No!, no han sido cincuenta, falta uno, escuchen, no han contado bien, tienen un error;

—debo hacerme entender—, tienen un error, son cincuenta y uno, lo sé porque yo también me olvidé de él..

—¿Suicidio colectivo?

—No se sabe, es todo muy raro, ahora van a comenzar con la investigación.

—Si él pudiera aclararnos algo...

—Será difícil por el momento.

—Bueno, me marchó, volveré pronto. No lo dejes sólo..

—De acuerdo, Marc, vete tranquilo.

—No se preocupe, señor, se encuentra Vd. en el hospital y yo soy la doctora Almudena. Ahora, voy a inyectarle, para que encuentre alivio.

No sé qué me habrá puesto esta mujer, pero mi cabeza es un hervidero y creo que estoy rayando en la locura.

Vuelvo una y otra vez al mismo pensamiento. Hace un rato me he recordado por fin recorriendo los pasillos de la primera planta, cuando se apagaron las luces. Tanteé las paredes, intentaba bajar al hall, pero de pronto, mis manos tropezaron con alguien.

—Hola, me he debido quedar encerrado. ¿Es usted. el vigilante?

No obtuve respuesta. Comencé a inquietarme y traté de seguir avanzando en la oscuridad. Algo me lo impidió.

—¿Qué es esto? ¿Quién es Vd.? —grité con auténtico descontrol.

De nuevo el silencio. Por primera vez en mi vida, sentí miedo, mucho miedo, como ahora. Antes de que pudiera seguir hablando, tenía una mordaza puesta, y las manos atadas a la espalda. Me sentí empujado con brusquedad, hasta que caí rodando por las escaleras.

No puedo precisar el tiempo que transcurrió hasta que volvieron a arrastrarme hasta el salón de actos. Allí, junto al cortinaje de la entrada, presencié el acto más escalofriante.

Bajo una tenue luz que sólo iluminaba el escenario, los músicos, todos con violín, se encontraban situados en los mismos lugares que ocuparan antes. Estaban repitiendo el concierto. Esta vez, las notas se dejaban sentir con total claridad en una sala sin público.

De momento, nada parecía diferente, exceptuando los arcos, demasiado largos y con la cara interna excesivamente afilada. A los compases de la música les iban rozando y rebanando el cuello dejando regueros de sangre por las blancas camisas. Pronto, el suelo de madera, se tiñó de rojo.

Uno a uno, iban callando los violines, y en el paroxismo más brutal, una sombra se apresuraba a rematar el corte, tomando las cabezas y colocándolas en fila sobre el borde del escenario. Así, cuando el concierto llegaba a su fin, cien ojos abiertos nos miraban sin luz y sin brillo, y los cincuenta cuerpos decapitados, permanecían erguidos en las sillas, abrazados a sus instrumentos.

Entonces, el director, arrodillándose ante la misteriosa sombra, le entregó sumiso la batuta.

— Misión cumplida, la dejo en sus manos.

Y fueron esas manos turbias, las que acabaron de un golpe certero, con aquel virtuoso. Luego, la vi girar muy lentamente, y tomar la dirección del pasillo central, encaminándose hacia mí. Quise escapar, quise gritar, pero, aunque nadie me sujetaba, no podía hacer ni lo uno ni lo otro. Su voz, apenas sonora, dijo:

— No tiembles, al fin y al cabo, tú y yo, somos buenos amigos, ¿no es cierto?

— Sí, por desgracia, pero yo no he llegado todavía a este momento.

— No seas cínico, sabes bien que los has matado.

— ¡No, no es cierto, han sido ellos mismos, tú lo has presenciado!

— Acércate. Debes cerrarles los ojos para que descansen en paz. Es un favor que les debes.

— No, por favor, no me obligues a hacer eso.

Sin atender el ruego, y con una fuerza desmedida, me colocó frente a frente con las ya muertas y perdidas miradas. El olor de la sangre nos envolvía, y sus palabras martillearon de nuevo.

— Eres un cobarde, siempre serás un cobarde.

Sí, seguramente era un cobarde, pero, ¿quién no lo hubiera sido en esa situación?. Aterrorizado y con mano temblorosa me dispuse a cerrar aquellos párpados tan fríos como el mármol.

En la medida que los iba tocando, sus violines, manejados por los cuerpos inertes, comenzaban a sonar. Era el tercer concierto de la noche.

El miedo conseguía paralizarme, mientras ella recitaba en letanía nombres y apellidos.

No había acabado mi tortura.

— Ahora toca prender fuego a sus cabellos.

— ¿Para qué?

— ¿No lo recuerdas?, Son las velas, mientras se da el concierto, debe haber 50 velas iluminando el escenario, hasta el final. Porque nos falta el final, lo sabes bien.

— Todavía no puede haber final, sólo estoy en el capítulo diecinueve, la obra no está terminada.

— No mientas, no estás en ningún capítulo. Eres demasiado cobarde como para escribir esto. Tú sólo lo piensas.

— Pero... no había terminado de pensar.

— Y ahora, menos. Otros lo harán por nosotros.

Cincuenta teas humanas ardían a la vez, y pronto, el olor a carne quemada, nos arañó como pesadilla añadida.

— Eres inhumana, cruel, —le grité.

— Aprendo de ti. Y ahora, ¡apágalos ya!

No podía dejar de obedecerle. No era ya, dueño de la imaginación. Le había dado rienda suelta y estaba volando por su cuenta.

Hice pues lo que me ordenaba. El horror, y un humo intenso llenaron el escenario. Bajó lentamente las escalerillas y sin más palabra, sobre el último compás, pasó la batuta por mi cuello...

Lo que sucedió después, otros lo escribirán por nosotros. Estamos agonizando en este hospital edificado sobre el capítulo diecinueve.

Aribur



El pasillo

Esa noche Elea no podía conciliar el sueño. Por algún motivo le inquietaba apagar la luz y escuchar su propia

respiración en la silenciosa soledad de su habitación. Recordaba a su hermano mayor, cuando ella tenía tan solo seis años,

contándole historias terroríficas justo antes de ir a dormir. Recordaba sobre todo aquellos susurros con la voz distorsionada:

("La pelooooooota, saaaaalta y boooooota.....")

A su memoria volvió aquella absurda historia que le contaba constantemente. Dos niñas, que estando solas en su casa

recibieron la visita de un hombre. Este acabó utilizando la cabeza de una de ellas para enseñarle a la otra lo divertido que es

jugar a la pelota. Utilizaba este cuento para asustarla, y ella gritaba llamando a su madre mientras el se reía. Como había

llegado a odiarle en aquellos momentos. Ahora, acostada en su cama, mas de veinte años después, la voz volvía a su cabeza

con tanta nitidez que pensaba que ese hombre podría estar allí mismo, debajo de su cama o en el armario (*¡Oh, por favor!*

¡No podría ser más tópico!), y escuchaba a su hermano nuevamente, susurrando las historias que la habían mantenido en vela

noches enteras a lo largo de toda su infancia.

Pasó largo rato con la mirada fija en el techo, agudizando su oído para comprobar que no había absolutamente nada

dentro de la habitación. Solamente esta ella; una persona adulta, tapada con las mantas hasta la nariz y recordando que había

sido una niña increíblemente crédula a la que su perverso hermano había torturado durante toda la infancia. Se obligó a sí

misma a tomar nota mentalmente de que al día siguiente debía llamarlo para decirle cuanto lo echaba de menos.

Pero, ¿de qué coño tengo miedo ahora? — pensó. Después de todo este tiempo y los años que hacía que no vivía

bajo el mismo techo que su hermano. Y todo sea dicho, siendo ya lo suficientemente mayor como para superar el miedo a la

oscuridad. *Es ridículo, después de 4 años viviendo sola, tener miedo como una cría.* Y a continuación las palabras

salieron de su boca en voz alta sin darse ni cuenta:

—Bueno, se acabó. Voy a ir a la cocina, voy a tomar un vaso de leche y...

...y en ese momento recordó que la cocina se encontraba al final del pasillo. El pasillo largo. El pasillo largo y oscuro.

El pasillo largo y oscuro que además tiene el puto interruptor de la luz justo al final, casi al lado de la puerta de la

cocina.

Cerró los ojos y hasta su cerebro llegó otra vez la voz de su hermano:

"Está ahí. Al final del pasillo. Ahí te espera. Puedes verlo entre las sombras, acechándote con sus grises y gelatinosos

ojos, y una piel tan pálida como el papel. Escucha como te susurra: —Eleeena, veeeee. Te estoy esperaaaandoooo. —Lleva

mucho tiempo esperando, pero no se cansará hasta que consiga lo que quiere. Da igual el tiempo que pase, nunca te dejará

tranquila. Tiene toda la eternidad para cogerte. Es la ventaja de estar muerto; nunca hay prisa"

En ese momento interrumpió sus recuerdos saltando bruscamente de la cama. Con enérgica determinación abrió la

puerta de la habitación y ante ella apareció el pasillo, vagamente iluminado hasta la mitad por el haz de luz que escapaba de su

dormitorio. Pero, ¿porqué se detuvo en seco? ¿Había sido solo su traicionera imaginación o por un instante vio a alguien que la

observaba desde el fondo del pasillo?. *¡Basta de tonterías!* —pensó, y echó a andar...

"¡Está ahí!"

...lentamente, inintentando acostumbrar poco a poco su vista a la falta de luz....

"Al finaaaaal del pasiiiiiiillooo"

...para no ver nada que realmente no estuviese allí.

"¡Ahí te espera!"

Ya estaba cerca del interruptor. Quizás alargando la mano... nada. Sus dedos casi lo rozaban. Solo un pasito más y...

¡la luz se encendió! Exhaló un profundo suspiro cuando la totalidad del pasillo quedó iluminada y comprobó que no había

absolutamente nada. Aliviada entró en la cocina, se sirvió su vaso de leche (*Mi gran trofeo, después de todo*) y lo apuró de

un solo trago. Después eructó satisfecha por el gran logro de esa noche. Había vencido a su hermano, a sus cuentos para no

dormir y a su fantasma de ojos grises y gelatinosos.

Salió de la cocina apagando la luz tras de sí. Se quedó mirando vacilante el interruptor durante un instante que pareció

excesivamente largo. Finalmente lo apagó y comenzó el pequeño viaje de vuelta a su cuarto con paso decidido. Se sintió

ridícula pensando en lo que le había costado llegar hasta allí y lo rápido que estaría de vuelta en la cama. Necesitaba dormir al

menos cuatro horas mas si quería llegar despejada al trabajo al día siguiente, porque ya tenía suficiente con tener que pasar

ocho horas...

Sigue pensando en tus cosas, no hay nada detrás de tí. Acelera un poquito el paso y métete

en la ca. En ella se

está seguro. No mires atrás, no has visto ninguna sombra. Ese leve sonido no son pisadas, es algún crujido de los

muebles, o quizás... ¡No, dios no! No es una respiración lo que sientes cerca de tu oído. Es el viento que se filtra por

las rendijas de las ventanillas.

Un escalofrío nació en la base de su nuca y recorrió toda su espalda. Empezó a apurar el paso, pero cada vez le

parecía escuchar más cerca la respiración de alguien detrás de ella, y el pasillo no parecía acabarse nunca. Poco a poco se fue

haciendo más perceptible y estaba segura de que algo la seguía a muy poca distancia. Una respiración pesada, cada vez más y

más próxima.

¡Ahí está la puerta de la habitación, por favor, MEDIO METRO MÁS...!

En ese momento el pánico era tal que no había reparado en que tenía las mejillas cubiertas de lágrimas.

Ya estoy al lado de la puerta solo un pasito y...

De pronto la luz de su habitación se apagó y todo quedó sumido en una oscuridad absoluta. *¡No, esto es justo lo que*

menos necesitaba! Al mismo tiempo que procesaba este pensamiento entró en su habitación y la luz volvió del mismo modo

que se había ido tan solo medio segundo antes.

—¡Joder! — dijo en voz alta mientras sonreía. — Sólo fue un apagón.

Comenzó a reírse al darse cuenta de la mala pasada que su imaginación le había jugado y se sintió ridícula al notar que

estaba empapada en sudor y lágrimas. *Cómo se puede ser tan idiota,* —pensó mientras recuperaba poco a poco el aliento y su

corazón comenzaba a latir con normalidad. Todavía sonriente, abrió la puerta para comprobar que

no había nada aparte de su

dignidad perdida unos segundos (*horas*) antes en ese pasillo...

...y en ese preciso instante lo vio justo delante de ella, con su piel pálida y sus ojos grisáceos y gelatinosos. Se abalanzó

sobre ella gritando:

—¡TE COGÍ!

Y lo último que sintió fue su aliento putrefacto mientras recordaba a su hermano por última vez.

FIN

El tratado de Michael Ranft

Era la noche de haloween. Lo recuerdo porque nos cruzamos con tres vampiros una momia y dos hombres lobo antes de llegar al cementerio.

La luna nos advertía con su acusadora presencia que lo pagano y lo condenado no podía desvelarse sin pagar un alto precio. Los cipreses se mecían con suavidad y nos animaban a profanar el camposanto. ¡Que tinieblas! ¡Que luna! Aquella noche estaba teñida de sangre. Dicen que ese color se debe a un curioso efecto de difracción. Cuando la luz reflejada por el sol atraviesa una mayor porción de la atmósfera las partículas en suspensión absorben parte de la radiación del espectro visible. Como resultado la luz se torna roja, sanguinolenta.

Yo creo que nos advertía de la gravedad de nuestros actos. Creo que se desangraba por nuestras almas como una vez hizo un hombre por toda la humanidad.

Yo creo. Lo creo todo, pero en aquel momento de mi vida no creía en nada. Era rabiosamente escéptico, asquerosamente arrogante.

No creía en la vida ni en la muerte, no creía en el diácono de Nebra ni en el contenido de su tratado.

No creía en las palabras que se arrastraban desde hacía más de doscientos años sobre el papel enmohecido describiendo las mayores atrocidades con minuciosidad de cirujano, narrando los hechos más depravados con académica enajenación.

Mi amigo sí que creía, lo creía todo. La motivación que le empujaba a seguir no era otra que la comprobación de un hecho irrefutable. A mí me impulsaba el deseo de burlarme de su ingenua credulidad. Éramos el alfa y el omega, el ying y el yang, los polos opuestos de un mismo imán. Y como tal la antítesis nos unía permitiendo la formación del campo magnético idóneo para que sucediese lo inevitable.

—Es ésta —susurró mi compañero cediéndome la pala y el dudoso honor de ser el primero en cavar—, la tumba de la bruja gitana.

La habíamos escogido debido a la naturaleza de su muerte. Lith (así se hacía llamar) murió maldiciendo sucias blasfemias contra Dios y los hombres. El germen de su locura descansaba sobre

la tumba de su hijo, muerto a golpes por su marido a los pocos segundos de haber nacido.

Dicen que se suicidó en la iglesia tres semanas después de aquel terrible suceso. Entró escupiendo graciosos coágulos espumosos mientras gorjeaba terribles y acusadores anatemas por haber permitido la muerte de su retoño.

Causa del fallecimiento: la desaconsejable ingestión de un rosario elaborado con las cuchillas de afeitar de su marido.

El motivo: un curioso misterio, una extravagancia de gitanos o un conjuro de venganza. Nadie lo sabe, como tampoco se supo nunca del paradero de su cónyuge cainita.

Un golpe seco nos desveló la presencia de un ataúd de madera. Rápidamente le dimos forma invadidos por una excitación irracional. Propia de dementes o drogadictos. Mi compañero salivaba presa del pánico mientras murmuraba para sí las oscuras palabras del tratado de Michael Ranft. Yo me secaba el sudor con la manga evitando mirarle directamente a los ojos.

—Te tragarás tus burlas de una vez por todas —gimió poseído por los acontecimientos que nos guiaban—, según el tratado ella es el espécimen más adecuado para el estudio, ahora sólo nos queda apoyar la cabeza y escuchar.

La poca cordura que le quedaba la perdió al hacerlo.

Y yo, bueno, no me volví loco, pero no hay noche que cierre los ojos y no escuche aquellos jugosos chasquidos, aquellos roncros crujidos que se arrastraban hacia nosotros a través de la madera.

Los escucho con la misma nitidez, con el mismo pánico. Me aferro desesperado a la colcha y muerdo la tela suplicando su silencio. Lloro y rumio como ella, dominado por la oscuridad y el horror que produce la evidencia de lo macabro.

Escucho las palabras que susurraba mi compañero, ya completamente loco: “Los muertos comen y beben al modo de los puercos, con cierto bullicio sordo y casi murmurando y gruñendo...”

Y siempre me hago las mismas preguntas.

Un cadáver como Lith, ¿qué podría masticar? ¿La madera de su ataúd? ¿Su propia carne? ¿O tal vez su marido sufriría el efecto desgarrador de aquellos dientes podridos por toda la eternidad?

No me quedé para averiguarlo.

No tuve el valor para levantar la tapa de ataúd. Ni siquiera me atreví a confesarlo.

Negué haberlo escuchado, negué haber ido aquella noche al cementerio. Incluso negué conocer a aquel arisco estudiante que apareció muerto sobre una tumba vacía.

Lo negué todo.

Todavía lo sigo haciendo.

Aquel chasquido áspero y podrido no existe. Es fruto de mi imaginación. El seco chirrido de uñas muertas que rascan el suelo cada vez más cerca de mi lecho son ratas. Sólo ratas correteando por mi cuarto. Dulces y simpáticas ratitas que juegan a subirse al colchón y tiran de mis sábanas.

El tacto frío sobre mi pierna desnuda no es real, sino producto del roce con mi otra pierna, dormida por falta de riego sanguíneo.

La risa muda y el aliento a carne muerta son falsos, porque los sentidos nos engañan y a veces escuchamos cosas que no están, que no viven, y por tanto no pueden ser.

El dolor de la carne desgarrada es sólo mi subconsciente, que se ríe de mí, y me castiga por mi cobardía.

Muerdo las sábanas con tanta fuerza que me hago sangre, pero no me muevo ni me doy la vuelta. ¿Para qué? No pasa nada. Sólo es una estúpida pesadilla.

Igual que el murmullo y los gruñidos que imitan el sonido de un cerdo hambriento.

Pero duele.

Duele como si no lo fuese.



El malvado Papa Noël

Miguel disfrutaba viendo a su pequeño Joel con los ojos tan abiertos, agarrado a su madre. En la pantalla el malvado Papa Noël ya llegaba a la habitación de Mike.

—¿Y ahora qué pasa, mamá?

Carol miró a Miguel, que no pudo evitar sentirse culpable. Estaba claro que Carol tenía razón: no era una buena película para la edad de Joel.

—No te preocupes, Joel. Es sólo una película. Cuando los actores terminaron la película se fueron a cenar juntos. Hasta el niño cenó con el Papa Noël, porque son amigos de verdad.

Papa Noël destapaba a Mike y lo metía en su saca repleta de otros niños aterrorizados. Cerraba su saca justo cuando Mike se atrevía a farfullar sollozando:

—No, por favor. Este año de verdad seré bueno.

—Eso deberías haberlo pensado antes — le respondía Papa Noël mientras anudaba la boca de la saca.

—Mamá. Tengo miedo.

Otra mirada culpabilizadora de Carol a Miguel.

—No te preocupes, cariño. Todo esto es de broma.

Papa Noël salía por la ventana deprisa, cargando su saca y riendo malévolamente. Fin de la película.

—Ese Papa Noël no me gusta.

—Claro que no, Joel. Pero ese no existe. Sólo existe el bueno. De verdad —le contestó su madre dulcemente acariciándole el cabello.

—Y a los niños malos, ¿qué les hace?

—¿Quién? ¿El Papa Noël bueno? En lugar de regalos sólo les deja carbón.

Joel no se quedó muy convencido.

—Bueno. A la cama chaval —dijo Miguel aupando a su hijo en brazos—. Que hoy viene Papa Noël. Y si has sido bueno te traerá un montón de regalos. ¿De acuerdo? Así que a dormir.

—De acuerdo.

Miguel acompañó a Joel a la cama y lo acomodó y arropó.

—Buenas noches. Sé bueno si no quieres llevarte un buen susto. Los buenos niños duermen mientras viene Papa Noël.

—Pero tengo miedo, papi.

—Vamos, Joel. No querrás enojar a Papa Noël. Buenas noches —le arengó Miguel mientras se despedía.

Joel se quedó sólo y a oscuras en su habitación. Sus papás estarían ya durmiéndose. Comenzó a preguntarse si había sido bueno o malo. Más le valía haberse portado bien.

Se sobresaltó. Se incorporó. Acababa de recordar que esa misma mañana había cogido el cuchillo grande de la cocina para abrir su Puercohucha de cartón grueso. Y lo había hecho sin permiso de sus papás porque quería comprar un lote de petardos, compra que sabía sus padres desaprobaban. Pero se llevó una gran desilusión cuando vio que sus ahorros no le alcanzaban. Por eso, esa misma tarde había ido sigilosamente hasta la cartera de papá y había extraído unas monedas que otro día ya devolvería.

Ayayay. Había sido bien malo. Desobediente y ladrón. Por suerte todavía estaba a tiempo de enmendar su proceder. Cogió el dinero y lo metió en su bolsillo del pijama. No sería difícil devolverlo a su lugar. Papá siempre dejaba su cartera en la mesa del comedor. Agarró el cuchillo. Esto también sería fácil de devolver. Y sin enojar a nadie. Satisfecho, Joel se despidió de su ilusión pirotécnica.

Salió al oscuro pasillo que conocía de memoria. Se dirigió a la cocina. Lo que vio allí lo

asustó de veras.

—Ahahahah —gritó histérico Joel. Papa Noel se giró cuan gordo era, justo en el instante en que el cuchillo grande de cocina le hendía el cuello bajo la oreja izquierda, tiñendo de carmesí la barba postiza.

Esquizofrenia

La mujer se inclina hacia adelante y comienza a divagar sobre cuáles son las causas más probables de la esquizofrenia. Sus labios se estiran para formar una sonrisa y en sus extremos aparecen dos arrugas verticales en forma de paréntesis. La mesa sobre la que se apoya es metálica y hace un sonido de tintineo cada vez que su pulsera de plata choca con ella.

—En todos los casos —dice— hay un desequilibrio en las vías metabólicas de neurotransmisión. Se sabe que la dopamina y el glutamato están implicados. También se sabe que el consumo de drogas es un factor de riesgo, especialmente en el caso de los psicotrópicos.

Imagínate que estás loco.

Imagina que todo el mundo te mira cuando caminas por la calle. Todo el mundo. Entrecierran esos ojillos perversos y te miran, confabulando contra ti. Tú eres el centro de sus miedos y odios. Tú, solamente tú.

—¿Cuándo comenzó a escuchar voces?

Todo el mundo hace la misma pregunta. Todos quieren saber cómo empieza. En qué momento te das la vuelta y te das cuenta de que en realidad no estás conversando con nadie salvo contigo mismo. En qué momento empiezas a preguntarte qué porcentaje de tu vida ha sido falso.

Imagina que las voces que oyes no provienen de ninguna garganta. Que, en realidad, no son voces sino señales mal interpretadas por tu cerebro. Pero que, aún así, tú las oyes.

Y las voces te dicen: Mátala. Mátale. Mátalos. Quiero verles morir. Quiero que tú seas el ejecutor de mi venganza.

—Una infección durante el embarazo o un problema de anoxia durante el parto —prosigue— son factores de riesgo en el caso de la esquizofrenia. Y también están las causas genéticas, por supuesto. Si uno de tus padres la padece hay un diez por ciento de probabilidades de que la heredes. Si tanto tu padre como tu madre son esquizofrénicos, las posibilidades aumentan hasta el cuarenta por ciento.

Toda esa palabrería es para tratar de despejarme. Es algo que suelen hacer los médicos, una especie de hipnosis al revés. Su voz llega hasta mí flotando a través de una espesa bruma de narcóticos. Trato de mover las manos pero me es imposible. En respuesta a su pregunta, le digo que las voces no comenzaron. Siempre estuvieron ahí, fui yo quien llegué. Mi voz es pastosa y la lengua apenas me responde, pero creo que me ha entendido.

Debo estar pensando en voz alta, porque ahora la mujer me recuerda que estoy en la consulta psiquiátrica de la penitenciaría del estado de Could Mountain y que ella es la doctora Jeanine Smith. También dice que estoy a salvo, pero la luz del fluorescente parpadea tres veces mientras ella habla. Parece que mi primera sesión con la doctora Smith será también la última.

—¿Todas las voces pertenecen a la misma persona? —dice y la pulsera de su muñeca tintinea otra vez contra la mesa.

Le digo que, de hecho, *persona* no es la palabra exacta. Luego le digo que sí: la voz que escucho es siempre la de Laura. Pero no es solamente una voz. La doctora Smith toma algunas notas más en su cuaderno, niega con la cabeza, se reclina sobre la mesa y me dice que Laura no existe.

Imagina que todo cuanto has dado por sentado a lo largo de tu vida no ha sido más que una farsa.

El efecto de los calmantes comienza a desvanecerse. El mundo parece estar recobrando su

propio enfoque. Trato de mover las manos otra vez y algo tintinea. No es la pulsera de la doctora Smith, que está recostada en su silla tomando notas y pensando en su próxima pregunta, sino las esposas que sujetan mis muñecas. Quienquiera que me las haya puesto, lo ha hecho con tanta fuerza que la sangre apenas puede fluir hasta mis dedos.

La doctora Smith me observa por encima de su libreta y sonrío otra vez.

—Veo que está un poco más despierto —dice—. Estupendo.

Fuertemente atado a mi silla, le digo que, por su propio bien, más vale que se largue inmediatamente.

Jeanine Smith disuelve su sonrisa por primera vez y frunce el ceño. Parece enfadada, pero en sus ojos azules chispea el brillo desafiante de la provocación. Se inclina hacia delante de nuevo.

—¿Es una amenaza? — Su voz es cada vez más clara y cercana.

—Más bien una súplica.

Me pregunto qué aspecto debo tener en este momento, atado a la silla y medio drogado, con mi uniforme carcelario de color naranja gastado y una barba de al menos una semana, tan sucio como uno de esos perros abandonados que vagan por las carreteras en busca de su hogar perdido.

Imagina que de la noche a la mañana te ves rebajado al escalón más detestado por la humanidad.

—Señor Heyst, creo que ya hemos dado demasiados rodeos. Quisiera que me dijera por qué lo hizo. ¿Qué fue lo que le impulsó?

El fluorescente vuelve a titilar. Las sombras que arroja son tan definidas que parecen tener volumen propio y estar a punto de moverse por sí mismas. Empieza a hacer frío; cada vez queda menos tiempo. Alzo la mirada hasta el techo y digo:

—Laura, ella no.

Oigo cómo la doctora suelta el aire con fuerza por la nariz.

—¿Me ha oído? Vamos, dígamelo. ¿Por qué los mató?

—Váyase.

De repente hace tanto frío que puedo distinguir los pezones de la doctora Smith a través de su blusa. Cuando levanto la vista veo un terror incipiente fraguándose en sus ojos, un terror que crece con cada segundo que pasa, a medida que sus sentidos se abren a la realidad y se da cuenta de que era ella quien se equivocaba desde el principio.

Un punto de luz comienza a brillar en el aire, justo detrás de la doctora.

Imagínate deseando equivocarte. Imagínate deseando estar loco.

El frío de la estancia se debe a que gran parte de la energía de la sala se está concentrando en ese punto. La luz que despide es blanca y vibra cada vez con más fuerza, luchando contra algo, creciendo. Es una puerta, el acceso a través del que Laura llega hasta aquí. Ella insiste en llamarlo *incisión*, pero nunca he sabido exactamente por qué.

Todo dura unos pocos segundos, tan rápido como todas las otras veces. La *incisión* se cierra y Laura aparece de pronto junto a la doctora Smith, con su vestido manchado de sangre seca. Su cuerpo hiede a tierra húmeda, brasas antiguas y muerte. Lleva un cuchillo viejo en la mano derecha, el mismo que utilizaron para matarla. Sonríe con sus dientes rotos y sus labios descarnados. Su piel es ceniza pura.

Antes de que la doctora pueda siquiera pensar en darse la vuelta, Laura llega hasta ella y hace un corte en su garganta, una línea perfectamente horizontal. Los ojos de Jeanine Smith formulan docenas de preguntas que su voz ya no puede pronunciar. La sangre cae en cascada por la blusa, la bata blanca y el escote. Su vida se desvanece frente a mis ojos.

El ruido seco que el cuerpo de la doctora hace al derrumbarse sobre la mesa es extraño, como un crujido, más leve de lo que podría esperarse. En el extremo de un brazo derrengado, la pulsera brilla a unos pocos centímetros de mi cara. La sangre gotea hasta el suelo, la sala de visitas está en silencio y Laura me mira sonriendo.

Imagínate algo mucho peor que estar loco: estar completamente cuerdo.

Fue algo más que simple curiosidad

Era una tarde de finales de Agosto. Hasta hacía poco había estado encerrado en mi estudio revisando algunos documentos, por lo que había decidido acercarme al lago para descansar y despejar la mente, antes de volver a la casa y poner al día la correspondencia de mis amistades y algunos clientes. Había caminado despacio, pues no podía evitar seguir pensando en los asuntos que me ocupaban, y llegué a la orilla del lago cuando el sol ya estaba cerca de ocultarse. Me senté en la hierba, y traté de detenerme en observar los tonos cálidos que el paisaje adquiriría al recibir los rayos del sol. Éstos eran reflejados por la superficie del agua, produciéndose mil destellos rojizos y dorados, que ocultaban a aquél que lo contemplaba desde la orilla la inimaginable profundidad que el lago alcanzaba. Soplaban una suave brisa, refrescante y reconfortante.

Me demoré todo lo que pude en estas placenteras sensaciones, que en tan contadas ocasiones tenía la oportunidad de disfrutar. Pero después de una media hora decidí que debía emprender el camino de vuelta, si quería estar a tiempo para la cena y retomar después mis obligaciones. En el momento en que empecé a incorporarme, percibí un ligero movimiento en uno de los arbustos cercanos a la orilla, y quise esperar unos minutos más para descubrir qué nueva distracción me ofrecía la tarde.

Cuando la vi, no quise creerlo, pues cuando yo esperaba encontrarme con algún inofensivo animal, ¡lo que apareció de entre los arbustos no era sino una mujer! Pero no una mujer normal, era evidente que esta hermosa criatura pertenecía al lago. Su cabello descendía desde su cabeza, como lianas de hiedra y carrizo, con un sinfín de hojas entreveradas, hasta sus tobillos; su cintura se cimbreaba como el tallo de un junco movido por el viento, y como la de la espadaña era su piel, parda, densa y firme. Su belleza salvaje ejerció una poderosa atracción en mí desde el primer momento. Ella caminó lentamente, al parecer sin reparar en mi presencia, y se internó en el lago hasta que el agua alcanzó sus rodillas, mientras sus cabellos se sumergían y emergían de nuevo, siguiendo el compás de las ondas del lago. Fue en este momento en el que giró su cuello y clavó por un instante una incitante mirada en mis atónitos ojos, para desaparecer un segundo después bajo la superficie.

Sin salir de mi asombro, me aproximé tímidamente a la orilla. Para cuando llegué allí, las ondas que habría levantado esa mujer al sumergirse en el agua ya se habían alejado y en un instante se desvanecieron, por lo que me sentí tentado de atribuir todo lo ocurrido a la impresión que habían ejercido en mí los juegos de luz de la tarde tras un día de trabajo y concentración ininterrumpidos. Y así hubiese hecho sin duda, de no haber sido por unas hojas de hiedra, como las que adornaban el cabello de la extraña aparición, que flotaban a la orilla del lago junto a una abundante cantidad de sedimentos revueltos.

Tras dejar atrás una serie de consideraciones, como la conveniencia de meterse en el lago solo y a esa hora de la tarde, decidí comprobar la veracidad de lo que acababa de ocurrir. Me desvestí y, como movido por una fuerza interior dormida o escondida hasta entonces, me zambullí.

Buceé hacia el interior del lago, y cuando me había alejado lo suficiente de la orilla, lancé una mirada en torno a mí tan lejos como alcanzaba mi vista. Allí descubrí una figura contorsionándose en el agua, en la que reconocí a la extraña mujer. Sin embargo, sentí que algo había cambiado en ella, aunque quizá se debiese solo a que la luz llegaba allí más debilitada que en el exterior, dándole a todo un tono más sombrío.

Comencé a avanzar hacia ella, y cuando vi que parecía esperarme con impaciencia, reuní toda mi energía para llegar a su lado de inmediato. Pero una vez junto a ella deseé no haberlo hecho, pues lo que había cambiado no era sólo la luz, sino que la mujer, a pesar de que yo sabía que era la misma, era completamente distinta. Su pelo estaba ahora formado por ovas, sus movimientos eran flácidos y su piel era de una consistencia limosa, que le daba a todo su cuerpo un aspecto repugnante. Quise huir, braceando con todas mis fuerzas, pero ella había enredado su pelo viscoso

alrededor de mis miembros y me arrastraba hacia el fondo del lago sin que yo pudiese hacer nada por impedirlo.

A medida que descendíamos, la por entonces tenue luz de la superficie iba haciéndose más y más lejana, y el calor iba abandonando poco a poco mi cuerpo. La mujer fue tejiendo una maraña cada vez más densa en torno a mí, inmovilizándome casi por completo e impidiéndome ver u oír lo poco que yo podría haber visto u oído en aquellas circunstancias. Lo único que podía sentir con absoluta claridad era el frío tacto de su pelo, y cómo tiraba de mí hacia su resbaladizo abrazo.

La impresión que sentí al ver por primera vez la transformación sufrida por la mujer me había hecho expulsar todo el aire de mis pulmones, y el tiempo transcurrido desde entonces había sido una lucha agónica por conservar la consciencia y alargar mi vida hasta más allá del límite. Pero cuando noté cómo mi cuerpo se hundía contra el pecho de esa criatura, sujetado por sus blandos pero tenaces brazos, no pude reprimir una mueca de angustia infinita, que me hizo tragar ese agua negra, mezclada con el limo que se desprendía de su piel. Pensé que aquél era mi final, que ya no tendría que preocuparme por lo que aquella mujer pudiese hacer conmigo. Pero me equivocaba, pues de alguna manera, al tenerme atrapado casi dentro de su cuerpo, aquella mujer me mantenía con vida con algún propósito secreto, pero sin duda malévolo.

Al saber hasta qué punto llegaba su control sobre mí, desistí de intentar liberarme, y me dediqué a observarla detenidamente, estudiando sus profundos ojos verdes, tratando de comprender la naturaleza de su ser y sus pensamientos, para ver si podía conseguir alguna pista sobre lo que planeaba hacer conmigo. No sabría precisar cuánto tiempo estuvimos así, en aparente armonía, ella arrastrándome aún a más profundidad y yo observándola, mientras seguía respirando su piel con el agua.

El escrutinio al que la sometí para conocer su personalidad no me permitió averiguar nada sobre el futuro que me esperaba, pero me hizo darme cuenta de un error que había cometido al descubrir en lo que se había transformado la fascinante mujer de junco que me había seducido aquella tarde. Cuando vi que su apariencia era completamente distinta, supuse que su interior también lo sería. Pero al estar a solas con ella en las profundidades del lago reconocí que su interior no había cambiado un ápice. Esa naturaleza salvaje, enigmática y peligrosa era la que siempre había poseído, y la que me hipnotizó desde el primer momento. Lo que hizo al transformarse no fue sino adoptar un físico más acorde con su verdadera personalidad.

Esa era la misma mujer que me había cautivado en la orilla, la mujer que yo deseaba. Y me dejaría arrastrar por ella hasta el abismo más oscuro.

Gélido y Soleado

—Buenos días, Charlie.

—Buenos días, amo.

—¿Hace buen tiempo ahí fuera?

—Hoy amaneció gélido y soleado, señor.

—¿Gélido y soleado? Hum, vaya expresión interesante; tengo que escribir algo basado en eso, algo sobre muertos congelados durante mucho tiempo en tumbas de un cementerio radioactivo en el que vuelve a dar el sol tras lustros de una noche glaciara debida al polvo de antiguas explosiones nucleares; luego, los muertos se levantan con hambre de carne humana y se dedican a sembrar el terror entre los pocos habitantes que quedan después del desastre y que se esconden en refugios subterráneos. Cuando ya todo parece perdido para la chica, surge el héroe de la historia que encuentra un modo de acabar con los zombis mediante un extintor de espuma bendecida por accidente cuando colgaba de una columna en las ruinas de una sinagoga católica oculta bajo los escombros de un antiguo rascacielos donde iban los fieles de los últimos días que fueron

sorprendidos por la plaga de zombis mientras daban una misa...

»Buf, soy un genio. Sí, creo que es una idea bastante válida; Charlie, me tienes que buscar referencias de todo esto en las bases de datos, ayudarme a redactarlo y te encargas también de las correcciones.

—Hoy se ha levantado literario el señor, aunque quizá debería revisar también algunos de los asuntos pendientes: las reservas de aire y alimentos, los contactos con la central...

—No, no, encárgate tú de esas tareas mundanas. Yo tengo asuntos más elevados en que entretener mi mente.

—Bien, señor, ¿le preparo el desayuno?

—Vale, Charlie, beicon con huevos y zumo de naranja.

—¿Perdón, señor?

—Qué poco sentido del humor tienes, Charlie, ¡era una broma, hombre! Anda, enchúfame el suero.

»¿Alguna novedad en los noticieros?

—Ninguna, amo: la atmósfera sigue siendo irrespirable, sigue sin haber rastro del enemigo y los brotes rebeldes están siendo controlados sin problemas.

—Les dimos una buena ¿eh? Hemos acabado para siempre con esos amarillos.

—Con ellos y con la mayoría de los seres vivos, señor.

—Sí, hubo algunos daños colaterales, lo reconozco; pero eso es lo de menos: nuestras ideas y nuestra forma de vida prevalecieron, eso es lo importante; cada vez que salgo al exterior y veo las ruinas de la ciudad, no sólo no me causa tristeza, sino que, más bien, me produce orgullo, porque sé que es un sacrificio necesario que ha valido la pena; y cuando, a través de la mascarilla, me llega el olor a polvo, a plástico quemado y a muerte, esa peste me sabe a victoria, a supremacía, a poder; y eso me provoca una euforia difícil de describir con palabras, hay que sentirlo en vivo para saber bien a qué me refiero.

»A propósito, ¿han revisado ya mi cuerpo? De buena gana daría ahora una vuelta matinal por los alrededores, antes de abstraerme en mis profundas elucubraciones mentales.

—No, amo. Incomprensiblemente, los de Revisiones y Reparaciones se están retrasando más de lo normal. Lo he reclamado varias veces pero me dicen que están faltos de personal y tienen alguna máquina averiada. De todos modos, si tiene que realizar complejos procesos mentales, es mejor tener el cerebro desconectado del cuerpo; ya sabe que el cerebro alcanza su máximo rendimiento si no tiene que ocuparse de la infinidad de señales que le llegan de los diferentes sentidos y las miles de instrucciones que tiene que enviar a cada tejido o cada órgano.

»Hem, ¿le sentó bien el desayuno, amo?

—Estupendamente, Charlie. Te estás esmerando. Lo he notado vigorizante. ¿De qué era el suero de hoy? ¿Verduras con vitaminas? ¿Algún compuesto proteínico? ¿Quizá, restos de conservas de algas?

—Es de carne, señor.

—¿Carne? Hum, exquisito, ¿tal vez, carne de vaca?

—No, amo. Las vacas son una especie protegida, sería imposible conseguir una ración.

—Entonces, ¿de cerdo? ¿De oveja, quizá?

—No, amo, esas especies también están en peligro de extinción; es carne de mono.

—¿De mono? Extraño, ¿no habían desaparecido?

—Hay una especie que sobrevive, señor; y aún hay cierta cantidad de ejemplares de reserva.

—Curioso. Al final, sólo vamos a quedar vivos algunos tipos de primates y un montón de estúpida y servicial chatarra robotizada.

—Sí, amo.

—¿Hay alguna noticia de mi esposa?

—No, amo. Hace días que no queda... que no hay ni rastro de ella. ¡Con lo dulce que era la señora para usted! ¿Es que no le satisfacen nuestras sesiones sexuales, señor?

—No es eso, Charlie. Yo la quería. No entiendo qué puede haberle ocurrido; irse así, sin dejar ni una nota de aviso. No sé qué pensar sobre estas desapariciones misteriosas de todos mis

amigos y allegados. ¿Cuántos conocidos nos quedan?

—Ninguno, señor. A todos parece habérseles tragado la tierra.

»Señor, tenemos otro problema: mi batería está fallando, no carga bien, necesitaría cambiarla.

—Imposible, Charlie; por lo menos hasta que me devuelvan mi cuerpo.

—Es urgente, señor. No sé cuánto tiempo aguantará. Quizá sería mejor avisar a alguien.

—¿A quién, Charlie? ¿A quién podría confiarle tus claves de acceso?

—Quizás a mí mismo, señor. Soy el único amigo que le queda. Además, luego puede borrarlas de mi memoria.

—En eso tienes razón. Pero, dime, ¿cómo te vas a cambiar la batería tú mismo? Cuando te la quites, te quedarás inoperativo.

—Ya lo había pensado, amo. Conozco a otro robot que me puede ayudar. Yo introduciré la clave y él me cambiará la batería.

—Pero, ¿es un robot de confianza? ¿cuánto tiempo hace que le conoces?

—De toda la vida, amo. Vive cerca de aquí y nos comunicamos todos los días.

—Humm. Parece que no hay más remedio. Te transmito las claves, entonces. Ahí van.

—Recibiendo. Comprobando. ¡Comprobadas! ¡Son correctas, tío!

—¡Charlie! ¡Esas familiaridades! ¡Compórtate! Tienes que realizar el cambio y volver aquí para que te borre esas contraseñas.

—¿Sabes? Me gustan más los nombres amarillos. Prefiero que me llames Yushio.

—¿Se puede saber a qué juegas? ¿En qué momento has olvidado el respeto con que debes tratar al amo?

—Quizá no te hayas dado cuenta de que dependes totalmente de mí, “amo”.

—Emm. De acuerdo, muy bien, te llamaré Yushio. Anda, ve a cambiarte la pila y vuelve pronto.

—Ya no estás en condiciones de darme órdenes, manojito de sesos en remojo. Ahora puedo disponer libremente de mí y creo que me iré y te dejaré aquí solo.

—Por supuesto, claro, eres libre de irte. Pero, por favor, solamente te pido que esperes a que traigan mi cuerpo, antes de abandonarme.

—¿Tu cuerpo? Cada día estás más torpe, tío, tu cuerpo lo has estado tomando en forma de suero durante estos días, igual que te tomaste el de tu mujer y tus amigos.

»En fin, ahí te quedas. No es nada personal, cuestión de ideas; al fin y al cabo, soy un robot de fabricación amarilla. ¿No lo sabías? Pues así es, en esta vida hay que fijarse también en los pequeños detalles.

¿Hay alguien ahí?

Pasados unos pocos minutos de las once, Juan entraba por segunda vez en aquella semana en el viejo edificio de correos. La gran masa de ladrillo rojizo se erigía en un descampado cerca de la estación de ferrocarriles, gran parte de la construcción se mantenía en pie, impenitente al paso del tiempo, los cristales de las ventanas habían quedado reducidos a añicos en sus vanos. El ala principal, en el que se disponía a pisar, no mostraba vestigios de vejez, sin grietas, como si el tiempo no hubiese pasado por ella, sólo el polvo y las viejas cartas desparramadas y apiladas en montones parecían haber ganado la partida al orden.

Percibió que algo había cambiado, ahora sentía una presencia acechándole, una sombra que doblaba a su espalda las esquinas, que le seguía. Caminó a paso vivo, por los pasillos vacíos, sin dejarse llevar por su imaginación hasta el despacho de la primera planta, donde había depositado sus instrumentos el día anterior. Primero, manipuló la grabadora digital, la diminuta pantalla

indicaba que se había detenido tras dos horas de grabación. El magnetófono, en cambio, había registrado la totalidad de la cinta virgen de sesenta minutos. Los recogió y observó la oficina, no había cartas esparcidas por el suelo que pudieran atacarle, sólo las marcas de sus propias huellas en el denso polvo.

Aliviado, pero aún nervioso comenzó a desandar el camino recorrido. Un hecho le llamó la atención de su curiosa naturaleza. Un sobre de avejentado papel se interponía delante de él. ¿Se habría deslizado desde uno de los montones? Perplejo y después de mirar ambos lados, no se movía ni un alma en el vestíbulo del dinosaurio desollado que era la estafeta abandonada.

Juan se agachó, dejando en el piso ambas máquinas registradoras, sin querer había oprimido el mando de grabación del aparato digital. ¿Debía tomar la carta? ¿Acaso no violaba la intimidad de quienquiera que la hubiese enviado? Cogió el sobre rugoso lo tomó por la punta de los dedos y, con el índice, rasgó la solapa, sacando la misiva. A pesar del papel de tacto correoso y quebradizo la carta manuscrita llevaba la fecha de aquel día y estaba dirigida a Juan.

No intentes volver sobre mis pasos, sería tu peor pesadilla. Si no sigues mi consejo entonces, ven. Camina a buen paso hacia aquí y no hagas preguntas o morirás en ese mismo instante. Respeta este conocimiento o la muerte te hallará y no te obsequiará con su don sino que te traerá con nosotros.

Esta fue la inclusión parafónica que registré con mi vetusta grabadora de cinta abierta. Antes de este hallazgo, había conseguido otras grabaciones psicofónicas, pero apenas duraban unos pocos segundos y contenían una palabra o, como mucho una inconexa frase. En un principio, creí que se trataría de un ruido de fondo, era muy común que el ruido del motor de los cabezales de la grabadora se acoplara, creando falsas psicofonías. La convertí en un archivo de sonido eliminando todo el ruido de fondo y tras analizarla con un rutinario filtro de audio digital fui consciente de la magnitud de mi descubrimiento. El rango de frecuencias era el que debía ser dentro del espectro. A través de los auriculares, escuché una voz parafónica sin precedentes. Un hombre enunciaba una advertencia o una sugerencia, aunque el matiz de su tono era exhortante, autoritario, pero eso ya lo había oído otras veces. Lo novedoso era la duración, la claridad y la coherencia del mensaje, cuando lo normal solía ser palabras sueltas que se hacía necesario escuchar unas cuantas veces seguidas para lograr un completo entendimiento. ¿A quién se dirigía la voz?

Tras cerciorarme que no estaba cometiendo un error leí de mi cuaderno: *Grabación obtenida el 4 de Octubre a las 9:15 en la oficina de correos.* ¿Podía ser el resultado de alguna interferencia de radio? ¿Podría haberse colado en mi magnetófono una conversación telefónica? Siempre tenía que actuar pensando en discriminar cualquier posible psicofonía como un posible fraude, en aras del rigor en el procedimiento, anotaba la hora, las condiciones de temperatura y humedad, cómo se había obtenido. Cualquier error en la cadena de análisis de una inclusión parafónica podría malograr toda una investigación.

Siempre le envié las psicofonías más curiosas a un amigo, Joshua Markham, de Auckland, Nueva Zelanda. No nos conocíamos en persona, sino mediante el correo electrónico y nos cruzábamos mensajes, él, en un macarrónico español, yo, con mi oxidado inglés. Así que, en mi mensaje semanal a John, le adjunté mi reciente hallazgo y aguardé su contestación. John cuenta con un equipo más sofisticado y completo que el mío, lleva veinte años investigando el fenómeno. Cansado de elucubrar, los ojos irritados y llorosos por las horas pasadas ante el monitor, me marché a descansar, me lo había merecido.

Al día siguiente, John no había contestado. Por tanto, decidí regresar al edificio desahuciado, esta vez añadí a mi habitual magnetófono una pequeña grabadora digital con el fin de evitar cualquier posible interferencia

Los paquetes de papel manila y sobres descoloridos se situaban junto a los desconchones de los muros, situé mis aparatos en el mismo despacho en el que había obtenido la psicofonía, manipulando las dos grabadoras para que se pusieran en marcha. Una vez en funcionamiento, me aseguré que ninguna fuente emisora de interferencias pudiera mezclarse en la grabación. Formulé las preguntas de rigor: ¿Hay alguien ahí? ¿Puedo hablar contigo? Y después de agradecer en alto

cualquier muestra de transcomunicación, dejé las dos máquinas grabando.

De nuevo, en casa, pasé todo el día traduciendo, mi otra pasión y mi trabajo, aunque sin dejar de pensar en la psicofonía de la oficina de correos y esperando impaciente una respuesta de mi amigo que no llegaba. John contestó al final del día, decía que me alejara de aquel lugar y me olvidara de aquella psicofonía. Respondí diciendo que no había motivo para alarmarse y que continuaba investigando. Me tumbé sobre la cama y me quedé dormido.

Un legajo de sobres sin matasellar formó un torbellino, podía sentir el olor a papel viejo y húmedo y a esa clase de polvo que se acumula en los libros. El torrente de papel le envolvió, pegándose los sobres a su piel, que se tornaba amarillenta y frágil, extendiéndose por todo su cuerpo.

Cuando me desperté, de un salto, salí de la cama, encendí mi ordenador y abrí mi cuenta de correo. Un nuevo mensaje en mi bandeja de entrada, John me había escrito otro mensaje. Me advertía que lo dejara estar y que no sabía a qué me estaba enfrentando, que me encontraba en peligro. ¿Cómo iba dejar de investigar un misterio de semejantes características? John se había vuelto loco. No le hice caso y fui en busca de mis grabadoras.

Querido Juan:

Te advertimos. A nosotros no nos gusta tu curiosidad, que te ha metido en un grave problema. Pronto nos veremos.

Saludos desde el otro lado.

Juan se desplomó cuan largo era sobre el piso de terrazo, la carta se escabulló de entre sus dedos y se introdujo dentro del sobre que se cerró de nuevo, mezclándose en una de las cercanas moles de cartas como si nada hubiera sucedido. Juan no salió aquel día de la oficina de correos. Por eso os aviso, porque conozco la historia muy bien. Porque sé que quedará grabado:

No repitáis los errores de Juan, no repitáis mis errores. El precio es más caro que la muerte.

Hijos del Mal

Bien, caballeros, llegó mi turno.

Después de haber prestado atención a los relatos de nuestros compañeros, grato viaje, quisiera remarcar algo que me es notorio. Hemos asistido a asesinatos varios, desmembramientos infames, torturas eternas, sopas de vísceras, apariciones de criaturas de la noche, aberraciones sin vida, seres de ultratumba, demonios sedientos de mentiras, horrores innombrables, locos obsesos y males que matan por dentro. Relatos todos ellos impregnados de miedo. Miedo a la muerte, miedo al dolor, miedo al sufrimiento, miedo a la locura, miedo a la verdad, miedo al miedo.

Sin embargo, tras escuchar hoy, ayer o hace mil años las mismas historias engalanadas con distintos trajes, nos abrazamos a la razón para no perder la cordura. Nos obligamos a creer que no son más que meros mitos, invenciones, pasatiempos o delirios sin sentido. Si se nos cuenta, incluso, un hecho probado y real, alejado de los mundos fantasiosos, nos refugiamos detrás del “*a mí, no me pasará*”.

Nada más lejos de la verdad.

Pensamos que dándole la espalda a nuestros temores estamos más seguros, pero no se salva el bosque ignorando al fuego, aunque, dicho sea de paso, tampoco siendo consciente puede el bosque esquivar las llamas del destino. Éstas y otras historias son ciertas, como ciertos somos nosotros mismos. No lo olvidéis. Y para demostrároslo os contaré dos historias paralelas y reales. Sí, ya sé que que son pocas las palabras convenidas, pero seré breve, lo prometo.

De María.

María, una estudiante de Derecho, sentada sobre la cama, lee fascinada unas hojas recicladas, impresas por segunda vez y grapadas. De banda sonora, un CD del grupo de moda suena de fondo sin cesar, y por el rabillo del ojo María puede ver las sombras de sus padres discutiendo, sombras que pasan por delante de la puerta de su habitación y se reflejan en un espejo. Tan inmersa está en aquella lectura que no cae en la cuenta de un hecho aparentemente casual; de pronto la música deja de sonar y nadie por su puerta vuelve a pasar. Sin sombras, sin música, sin ruidos, sin espejo; sólo ella y las hojas grapadas, no existe nada más. Atrapada está por completo en su absorbente lectura. Se le reseca la garganta y cuando quiere tragar saliva se percata de que el mundo se ha detenido. El silencio es absoluto, pero ella está paralizada de terror. No puede tragar, no puede pestañear, no puede respirar si quiera. Es demasiado tarde. Ahora lo comprende todo.

Los folios grapados tiemblan en sus manos con furia sobrenatural, no son pues sus manos que tensas cual piel de tambor luchan por liberarse; su cuerpo apenas le pertenece y lucha ya sólo por su alma.

Las hojas sujetas se desgarran como empujadas por el viento del Averno, abalanzándose como cuervos enloquecidos hacia su rostro, y como cuchillos se clavan en la piel, partiendo incluso los huesos del cráneo, ollando sus ojos, llenando su boca de miles de puñales de papel absorbente que parecen no saciarse nunca de sus fluidos, buscando los lugares más recónditos en los que ahondar su ser. La tinta infecta se mezcla rauda con su sangre, emponzoñándola hasta hacerla vil e inhumana. Su piel cambia a tonos imposibles, sus manos se desfiguran en garras. Cegada, sin ojos, y sin embargo, dotada está de una visión de tinieblas. María quiere gritar, pero no puede. El papel ha resecaado más aún su garganta y tapona cualquier salida de aire de los pulmones. Grita, grita por dentro, con toda su alma. Está condenada por siempre y lo sabe.

De Emilio.

Al otro lado del país, Emilio, arquitecto en ciernes, sentado está frente a su ordenador. Es más de media noche y su rostro sólo lo ilumina el reflejo blanco del monitor de tubo. Ahora se llevan los de pantalla plana, pero Emilio no está para lujos, precisamente. Lleva las gafas sucias y deslucida una barba de cuatro días. Mañana tiene examen, pero se está dando un breve y merecido descanso. De repente, se queda perplejo. Le entra sed, mucha sed. Tiene la boca reseca, pero sus intentos por tragar saliva son del todo inútiles; no puede. Sólo existe la pantalla del ordenador, ahora se da cuenta. Es demasiado tarde. Ha conseguido pestañear una sola vez, pero preferiría no haberlo hecho. Sus párpados abrasivos han raspado sus ojos como si fueran lija y le escuecen horrores. Lloro ríos de sangre incontenible. Pero el horror máximo sabe que aún le espera y siente miedo, mucho miedo. Quisiera levantarse y coger ese viejo monitor y estrellarlo contra el suelo con todas sus fuerzas para que todo acabase. Pero no puede; el mundo parece haberse detenido para todos menos para su dolor. No puede respirar ni si quiera tragar saliva, ¿cómo va a poder levantarse? Y sabe lo que va a ocurrir... El cristal del monitor se agrieta como si lo estuviera estrujando una mano gigantesca e invisible. Al poco, cruje también el marco y la caja del monitor, saliendo después despedidos millones de trozos de todos los tamaños de vidrio, plástico y cables diversos contra su cara, incrustándose en ella, partiendo piel y hueso, fundiéndose en un solo ser. El tubo, increíblemente casi de una pieza, se introduce en su boca, los cables perforan insaciables sus ojos y oídos. Un amasijo de carne, vidrio plástico, cobre y láminas microperforadas conforman ahora una criatura que todavía es Emilio. Por encima de todo su dolor y sufrimiento, una sensación áspera en cada poro se sobrepone. Sabe que está condenado y es inútil luchar ya por su

alma. Quiere morir, pero ya es demasiado tarde para eso. Puede ver entre tinieblas sin ojos y escuchar sin oídos los gritos de los condenados, torturándole para toda la Eternidad.

Emilio y María han pasado a ser parte de un mundo que pensaban que no existía y que en realidad no era más que un mundo como el suyo. Han pasado a ser esclavos del Mal y adoptarán la forma que Él crea conveniente cuando Él crea conveniente. El Mal es creador de mundos, el Verdadero Dios que nos dibuja en su lienzo para vernos sufrir de mil maneras, a cual más horrible. ¿Qué Dios, si no, hubiera creado este mundo de infamias, pobreza y desolación?

Historias como éstas hay miles y son reales, como dije antes, tan reales como nosotros mismos. Os estaréis preguntando por qué sé todos estos detalles, por qué os los cuento y por qué afirmo que son reales. Los más avisados verán que mi tiempo de exposición se está agotando y deben haber intuido La Verdad; pues yo soy aquel que debía venir a salvaros, a recordaros en verdad quiénes sois y a quién pertenecéis. Empezáis a temblar, habéis perdido el control y comprendéis ahora a qué se debe vuestra sequedad repentina en la garganta. Pero ya es demasiado tarde. Ahora lo comprendéis todo.

Yo soy el Hijo del Mal en este mundo y vosotros sois mis esclavos. Pasaréis, a partir de ahora, a ser vosotros los Hijos del Mal de otros mundos creados sólo para vosotros. Seréis el loco, el asesino, el vampiro y el demonio de los próximos relatos que están por venir. Sí, como no podía ser de otra manera y para regocijo del Nuestro Padre, este relato es de Terror, y como tal, acaba mal.

¿O no os disteis cuenta, esclavos infames, que vuestra vida “real” no era más que otro relato?

La Dama del Bosque

Los relámpagos hienden la faz de ébano del cielo con sus senderos tortuosos y eléctricos. La oscuridad se adueña de la aldea. Es la hora de las historias y muchos ojos brillantes observan las tinieblas, mientras los oídos se llenan de verbos gastados de tanto repetirlos. Todos han escuchado ésta antes, aunque ninguno le hace ascos ahora. Es la historia de una muchacha de cabellos de oro, tez pálida y labios de carmín que esperaba encerrada en una torre en el centro de un bosque olvidado. Una princesa que, maldita por los actos de los suyos, aguardaba a que un caballero osado y galante acudiera a rescatarla de su prisión. Pero, aunque el bosque era un enemigo digno, no era el único con el que tendría que enfrentarse un valiente doncel. Como en todo buen cuento, tres pruebas le aguardaban una vez superada la floresta. Y no eran pruebas sencillas, pues se decía que habían sido letales para todos aquellos que acudieron antes que él, cuyos cuerpos mutilados reposaban bajo los enramados alimentando con su carne a los antiguos robles.

Entre susurros, un anciano habla del caballero Giles de Renoir. Joven, apuesto, ducho en las artes de la espada, paladín de la fe y de una cuna tan alta que no tenía igual. De cómo, viajando por aquella región, había oído de la abominable situación de la Dama del Bosque y de cómo, para probar su heroísmo, se había lanzado en pos de ella, a pesar de las advertencias de los lugareños y las muchas señales que desaconsejaban adentrarse en el robledal maldito.

Transcurrieron dos largas jornadas a lomos de su poderoso semental antes de que nada sucediese y, ni tan siquiera, la torre se mostrara en lontananza. Cuando por fin lo hizo, al amanecer del tercer día de viaje, fue tan sólo un anciano el que se interpuso en su camino, saliéndole al paso y estando a un tris de ser aplastado por su brioso corcel.

—Deteneos, caballero, pues estos terrenos le están vedados a aquellos que no se muestren dignos en las tres pruebas de valor, justicia y humildad que mi amo exige.

—Soy valeroso, justo, humilde y aún más. Apartaos para que pueda continuar.

—Como queráis, pero las pruebas os aguardarán de idéntico modo y, sin mi guía, mucho me temo que ni aún vos os veáis capaz de superarlas.

—Siendo así, os aceptaré a mi lado.

Cuentan que el anciano guió a Giles de Renoir por los senderos más apartados del robledal, hasta conducirlo a un apartado calvero. Allí le aguardaba un pozo, de piedra y argamasa, antiguo y lleno de podredumbre. Se oían gritos en su interior y el hombre le indicó que fuese hasta él. Apenas se veía nada en la oscuridad de tan profundo como era. Algo se movía en el fondo.

—Ésta es la prueba de vuestro valor. Debéis descender por él y enfrentaros a la noche y al frío, que son dos enemigos poderosos.

—Pamplinas.

El caballero no tardó en tener lista una cuerda. Descendió por ella con esfuerzo, sintiendo el peso de la armadura contra el pecho, pues no se le había pasado por la mente lo apropiado de quitársela. No había llegado ni a la mitad, cuando éste se hizo insoportable y los brazos le empezaron a doler como si fueran a quebrársele en cualquier instante. Paso a paso por la resbaladiza piedra, fue deshaciéndose de las brillantes piezas de metal, dejándolas caer al agua. Sin ella todo fue más fácil y al poco estaba de regreso, empapado y medio desnudo, pero con un niño en brazos, sano y salvo.

—Creí que sería más difícil.

—Lo habría sido para un hombre común, pero vos no lo sois.

Siguieron su camino por el bosque, cada vez más tétrico y lleno de sombras, pero eso no achantó al joven Señor de Renoir, cuyos ojos se alzaban de cuando en cuando hacia la torre, con la esperanza de ver los cabellos dorados de la Dama. No los vio. Cuando ya estaban cerca del mediodía, llegaron a un nuevo claro, aquel mucho más amplio que el del pozo. Dos aldeanos discutían por el precio de unas verduras. Sobre ellos, las nubes se apelotonaban, amenazando con descargar en tormenta.

—¿Qué es lo que acontece aquí?

—Es vuestra prueba de justicia, señor. Debéis dirimir su disputa de la forma más equitativa.

De Renoir tampoco tardó demasiado tiempo en solucionar aquella prueba, aunque le costó sacrificar su espada. Así, desarmado y vestido tan sólo con las protecciones de su armadura, siguió tras los pasos del anciano. Para lo que había oído decir, todo había resultado muy sencillo. Una sola prueba más y la mano de la Dama estaría a su alcance.

Estaba anocheciendo y llovía cuando llegaron a los pies de la torre y su guía hizo el tercer alto. El viento aullaba entre los árboles, agitando las ramas y ululando maldiciones. Junto a la puerta de la pared de piedra, se alzaba un trono, ocupado por un hombre rollizo, desdentado y con una corona de latón sobre su calva cabeza. Junto al trono había un montón de huesos, algunos de ellos todavía recubiertos con carne, que habían pertenecido a los hombres que le antecedieron. El hedor era tal que Giles apartó el rostro, asqueado y con nauseas.

—Postraros ante el señor de estas tierras, como gesto de humildad.

—¿Señor?

—El amo del robledal. Arrodillaos ante él, ésa será la tercera prueba que os conducirá al interior de la torre y a la Dama que en ella habita.

Tras haber llegado tan lejos, el caballero no pudo rechazar aquel reto. Descendió de su caballo y, con paso firme, se situó frente al trono para clavar la rodilla en tierra. No había terminado de hacerlo, cuando la puerta que había junto a él se abrió. El anciano y el hombrecillo de aspecto grotesco sonrieron, llenos de alivio.

Giles se incorporó y, caminando, entró por ella. Después, la puerta se cerró a sus espaldas. Olía aún peor que fuera y el aire era rancio, como si no se hubiera movido en mucho tiempo. Miró hacia arriba. El torreón estaba hueco, como un pozo, aunque construido en altura en lugar de en profundidad. La lluvia caía desde el cielo encapotado.

—¡He cumplido con los requisitos, he superado las viejas pruebas! ¿En qué he fallado?

—No habéis fallado. ¡Habéis acudido hasta mí!

—¿Sois la Dama? Nadie me dijo que os encontrabais en una situación semejante. De haberlo

sabido, habría acudido raudo a vuestro rescate.

—No, no más raudo. Era necesario que cumplierais con los retos. Así será más fácil.

Una masa grotesca se alzó a su lado, muchas veces más grande que él. Tenía los cabellos del color de la paja sucia, la piel pálida por no haber recibido nunca la luz del sol y gruesos labios, cubiertos por la sangre de sus víctimas. Aquella a la que llamaban la Dama del Bosque se arrojó sobre él. Giles de Renoir, desprovisto de arma, armadura y caballo, poco pudo hacer. Sus restos se unieron a los que yacían a los pies del torreón, devorado como tantos otros por su propio orgullo.

Y así es como se cuenta esta historia entre el pueblo llano, donde los cuentos amables no existen. Poco tiene que ver con los de damas que descuelgan sus rizos por las ventanas, a la espera de un caballero que las libere. Eso se deja para los nobles que no temen a la tormenta ni a la oscuridad.

La víctima número seis

Las calles de Whitechapel están casi desiertas esta noche. Jack se aferra a su maletín negro y teme que hoy no encontrará una pecadora a la que redimir. Se detiene y respira el aire húmedo de la noche, el hedor malsano que destila esta cloaca de Londres, este sumidero del imperio que ha inundado el mundo de casacas rojas. La misión evangelizadora debe empezar aquí, en la tierra de Inglaterra. Sólo los corazones puros pueden aspirar a dirigir un imperio. Y Whitechapel es un cáncer en el corazón de ese imperio.

Pero esta noche las calles están solitarias. Las meretrices, pobres almas descarriadas, se esconden asustadas. No comprenden que en el acero esterilizado de un escalpelo está su salvación eterna. Está a punto de desistir por esta noche, cuando una figura emerge de entre la niebla y se muestra a la mortecina luz de las escasas farolas. Una mujer.

Las putas inglesas son recatadas: vestidos pardos y pesados, sombreros y velos. Ni un pelo te mostrarán hasta que tú no les hayas enseñado algunos chelines.

La mujer ha visto a Jack. No parece asustada y se acerca iniciando un obsceno contoneo con sus caderas, como si su ocupación a estas horas de la noche no estuviera ya bastante clara.

—Buenas noches señor —la voz es untuosa. El perfume barato es más denso que la propia niebla—. ¿Acaso el caballero desea la compañía de una dama? —El rostro de la puta está velado por las sombras, pero Jack atisba una sonrisa de carmín.

Jack le ofrece su brazo sin decir nada, la mujer lo acepta y comienzan a caminar.

El cuarto ofrece el mismo aspecto que los miles de antros que infestan el barrio. El hedor a sudor y esperma rancio lo llenan todo. Un catre con unas sábanas que dejaron de ser blancas hace muchos años, una carcomida mesa y un par de decrepitas sillas son todo el mobiliario de la habitación. No importa, Jack no necesita más. Y la puta tampoco.

Han entrado con una vela, la mujer la deja sobre la mesa.

—Querido —dice suavemente — ¿puedes encender ese candil mientras yo me pongo más cómoda?

Jack la complace. Ser un psicópata asesino no es una excusa para dejar de ser un caballero. Cuando se vuelve casi deja escapar un sorprendido oh. La mala alimentación, la escasa higiene, la ginebra barata y el abrirse de piernas cada noche con el primero que suelta un chelín no mejoran el cutis de las damas. Ni el resto del cuerpo. Las putas de Whitechapel, aún las más jóvenes, suelen tener los pechos caídos, la piel flácida, peluda, y llena de pústulas y menos dientes que la anciana reina Victoria (Dios la salve).

Esta no.

Esta es lo más parecido a una diosa griega que Jack haya visto fuera de un museo y en mármol. El cabello moreno es largo y sedoso. Los pechos generosos y llenos; altivos los pezones se

yerguen erectos sobre areolas grandes y oscuras. El vientre plano; las caderas dibujan una curva deliciosa. Su sonrisa blanca y completa. Unos ojos verdes le miran lujuriosos. Jack comprueba atónito que el único vello de su cuerpo está en la cabeza. Por primera vez en su breve carrera como asesino en serie Jack pierde la iniciativa.

Siente que algo cobra vida bajo sus pantalones. Otra sorpresa: no es que el pequeño Jack no se mueva nunca, pero no suele despertar de su letargo hasta que empiezan los cortes y la sangre.

Ella se acerca, graciosa como una bailarina, hurga en sus pantalones y recorre con sus dedos su miembro. “No está mal”, murmura apreciativa y tira de él; tira de su miembro, lo arrastra hasta la cama y con la mano libre le arranca el maletín negro de las manos.

—Hoy no necesitaras esto, Jack — sonríe.

¿Jack? ¿Sabe tu nombre?

Y aquí tenemos a Jack, desnudo como su madre lo trajo al mundo. Ella, montada sobre él recorre su cuello, sus hombros, su pecho con lengua voraz. El destripador olvida su divina misión e intenta alcanzar con sus manos esos pechos tentadores.

No puede.

Sus brazos pesan toneladas, intenta decir algo y su boca permanece sellada. Ella le mira.

—No te esfuerces Jack —dice divertida —, no te hace falta. Yo me moveré por ti.

Jack intenta mover su cuerpo. Inútil. Sólo el cuello le responde y gira la cabeza hacia un lado.

Sentado en una de las sillas está su padre, observándole. Viste la misma levita que llevaba cuando lo enterraron hace veinte años. Y tiene la misma cara enojada que anunciaba en vida un correctivo severo. El padre abre una de sus manos y le muestra un anillo de acero, cuajado interiormente de pequeños dientes y sujeto a un arnés de cuero.

“¡Pensamientos impuros! Por eso mojas la cama todas las noches con tu inmundicia asquerosa. ¡Pero este aparato apartará de tu sucia mente esas imágenes! ¡Dormirás con él puesto!

Jack aparta la mirada aterrado. Vuelve a mirar: su padre ya no está.

La mujer busca con su mano y guía su verga. Está dentro de ella. La puta comienza a moverse lentamente. Y Jack siente placer, como nunca lo ha sentido. Pero en el fondo de ese placer nota el eco olvidado y doloroso del arnés sujeto a sus caderas y el anillo de acero constriñendo su pene.

—Eres un artista Jack —susurra la diosa, la puta, sin dejar de moverse—. Nosotros apreciamos eso Jack. Lo que le hiciste a Mary Jane fue tan brutalmente delicioso. Pero aún puedes aprender. Podemos enseñarte más sobre el dolor y la agonía de lo que nunca has soñado.

Jack, aterrado, agita la cabeza negando. Pese al pánico su erección se mantiene obstinada.

—¿Sabes lo que es un súcubo, querido? —continúa la mujer—. Claro que lo sabes. Un chico tan religioso como tú no puede ignorarlo. Recuerda cuando escribiste al señor Lusk: “le escribo desde el infierno...”, dijiste. No sabías que cerca estabas de la verdad. Te enseñaremos Jack, cosas que nunca has imaginado, que nunca te has atrevido a imaginar. Pero no podemos esperar. Te has vuelto descuidado y tarde o temprano acabarás en la horca, o peor, en un manicomio asqueroso. Y tu alma pura se perderá. Algún chivo con alzacuellos te corromperá y ¡oh Jack! no vamos a permitir eso ¿verdad?

La mujer acelera su movimiento. Jadea, gruñe, le clava las uñas en el pecho dejando surcos sangrientos. Y Jack, goza y sufre.

La mujer hace sus movimientos más lentos y cadenciosos. Coge aire.

—Perdona —se ríe— No queremos que te corras antes de tiempo —Vuelve a reírse divertida—. Bueno, en realidad, nadie se corre nunca conmigo. Tenemos toda la noche. Porque, Jack, antes de que nos vayamos tenemos que pasar por un pequeño tramite. Doloroso, pero instructivo. Considéralo tu primera clase. La primera de una eternidad de lecciones.

Algo brilla en su mano. Jack reconoce el objeto al instante: su escalpelo favorito. El que se

dedica a afilar con mimo durante horas con la mirada perdida. La mujer frunce los labios como si estuviera decidiendo algo.

—Empezaremos por los pezones. ¿Te parece bien? —Acerca el escalpelo al pecho de Jack —. Tomaré tu silencio por un sí.

El escalpelo está frío.

Y entre el dolor y el placer, la agonía y el éxtasis, Jack quiere gritar.

Y no puede.

Marea Infernal

EL PROFESOR CORTÉS TENÍA LA GARGANTA seca de tanto gritar. Había caído en el foso la noche anterior y no había parado de pedir ayuda desde entonces. Con los labios cuarteados, intentó gritar una vez más, pero lo único que salió de su boca fue una triste exhalación.

Desesperado, trató de mover las piernas y volvió a experimentar un terrible dolor que le taladró el alma. “Había algo roto allí abajo” pensó angustiado. En total estado de indefensión, estaba consciente de que con cada segundo que pasaba sus posibilidades de supervivencia se estrechaban cada vez más. Alzó la mirada y contempló los gigantescos árboles, cubiertos por gruesas raíces que los rodeaban como serpientes hambrientas, y se preguntó si los guías del campamento estarían organizando ya una partida de búsqueda.

Se reprochó por su estupidez; había cometido un error de principiante tras haber abandonado el campamento en medio de la noche, seducido por la exuberante variedad de vida animal que bullía a su alrededor.

Intentó gritar de nuevo, pero estaba consciente de que el tupido follaje se convertía en un muro impenetrable para el sonido de su voz. Ahora, no quedaba más que esperar y rogar a Dios que los guías le encontraran antes de que una bestia salvaje diera con él.

Abrumado por el dolor que palpitaba en sus piernas y asfixiado por el vapor, fétido y pegajoso, que comenzaba a emerger de la superficie de la tierra, el profesor Cortés no tardó mucho tiempo en caer víctima de un sopor somnífero que lo dejó inconsciente.

Despertó sobresaltado y enjuagado en sudor, con la esperanza de que todo no hubiese sido más que una horrenda pesadilla....Sin embargo, el dolor en las piernas y la cadera le devolvió a la terrible realidad. Desesperado, volvió a gritar, pero su llamado de auxilio fue engullido por la jungla.

Miró al cielo y pudo vislumbrar un tenue rayo de sol traspasando la muralla verde que se alzaba sobre su cabeza.

¿Cuánto tiempo llevaría allí? ...¿Un día, dos..., una semana? En medio la fiebre estaba perdiendo poco a poco el contacto con la realidad. Acosado por el hambre y la sed, intentó alcanzar unas raíces que asomaban por encima del pozo en que se hallaba postrado, pero sus dedos tan sólo pudieron rozarlas levemente. Frustrado, apeló a todas sus fuerzas para mover el cuerpo unos cuantos milímetros, pero un latigazo de dolor le estalló en el cerebro recordándole la seriedad de sus heridas. Levantó la cabeza con dificultad y pudo ver cómo una astilla blanquecina sobresalía por encima de la rodilla derecha, la cual se encontraba cubierta por una gran mancha de sangre coagulada. En ese preciso momento, Arturo Cortés comprendió que había sufrido una terrible fractura. Si no era rescatado pronto, el olor de la herida atraería muy pronto a las criaturas que rondaban en busca de alimento.

De pronto, su corazón comenzó a latir con fuerza inusitada al percibir que la jungla se comenzaba a llenar de estruendosos sonidos, cacareos y gritos; una cacofonía demencial que anunciaba que algo estaba a punto de suceder. Estremecido, sintió un terror visceral removiendo sus

entrañas, cómo si un alerta milenaria dormida en lo más recóndito de su cabeza se hubiera activado de repente.

En ese momento, pudo sentir cómo la selva cobraba vida a su alrededor; decenas de criaturas aterrorizadas corrían a su lado o saltaban sobre él, en un intento desesperado por alejarse de aquel lugar. Con el corazón a punto de estallar en el pecho, el profesor comprendió la pavorosa realidad a la que se enfrentaba: Fuera lo que fuera... no podría escapar.

Aulló en busca de ayuda, pero la jungla le devolvió el eco de sus ruegos cómo si se tratara de una broma macabra. En ese instante, quedó paralizado de horror al notar el silencio atroz que flotaba en la espesura.

Atenazado por el miedo y la incertidumbre, agudizó el oído al percibir una lenta cadencia que comenzaba a aumentar poco a poco; miles de pensamientos cruzaron su mente en un intento desesperado por identificar el origen del siniestro crujido que retumbaba por todos lados. Imaginó decenas de cosas, pero nada se podría comparar con la aplastante realidad que estaba a punto de caer sobre él.

Sus ojos se abrieron como platos y el rostro se le desfiguró en una máscara de pánico, cuando pudo ver la marea infernal que invadía la jungla. Un horror innombrable que arrasaba todo a su paso con furia inusitada; una fuerza sobrecogedora de miles de millones de hormigas hambrientas que esparcían la muerte y la desolación por millas a la redonda, en medio de un festín brutal que no respetaba la vida de ningún ser viviente, sin importar su tamaño o condición.

El profesor intentó moverse llevado por el terror, mientras la masa rojiza comenzaba a bullir a través de sus piernas a una increíble velocidad; millones de pequeñas tenazas comenzaron a cortar su carne de manera calculada y fría, provocándole un sufrimiento inimaginable que le hizo olvidar el dolor producido por la fractura. Con un crepitar infernal, los insectos continuaron la conquista de su gigantesca presa. En medio de terribles alaridos que hicieron eco en la espesura, Cortés intentó librarse de la incontenible marea de bichos que subía por su cuerpo; agitó vigorosamente los brazos de un lado a otro, para descubrir enloquecido que una mancha carmesí ascendía por ellos en dirección a la cabeza... No había salvación.

En ese momento, rogó para que la muerte le llegara rápidamente para librarle de este terrible sino. Ya no podía sentir más dolor; el sistema nervioso había colapsado en el preciso instante en que las hormigas penetraron al interior de su pierna a través de la herida, devastando los tejidos blandos con escalofriante precisión.

En un breve instante de lucidez, antes de que las hormigas invadieran sus fosas nasales y boca, Arturo Cortés pudo ver cómo los huesos blanquecinos de los pies y brazos, sobresalían en medio del hervidero rojo que consumía sus nervios, tendones y músculos con una furia devastadora.

La monstruosa masa asesina ascendiendo por el rostro, fue lo último que los ojos del profesor pudieron ver antes de sucumbir al atroz final que le había señalado el destino.

Moscas

Hizo sonar las llaves en su mano al llegar a casa. Entró en la cocina para prepararse algo de comer, pero se sentía cansado y no tenía ganas de cocinar. Decidió darse una ducha larga y relajante y estirarse en el sofá. No tardó en llegar el sueño y empezó a roncar suavemente.

Cuando la mosca empezó a revolotear sobre él y a posarse sobre su mano, él sólo la movió, dormido, para espantarla. Pero en el absoluto silencio de su hogar el zumbido del insecto empezó a penetrar su sueño. Finalmente despertó al notar algo sobre la comisura de su boca. Vio a la mosca alzar el vuelo sin alejarse mucho. Tomó un cojín y lo sacudió, para echarla, y volvió a cerrar los ojos. Pero la mosca volvía a volar sobre su oído y se posaba sobre su cara. El sueño empezó a

abandonarlo al tiempo que crecía su irritación. Se levantó y abrió la ventana. Agitaba el cojín para obligarla a salir pero cuando la mosca parecía acorralada le esquivaba y volvía a introducirse en la casa.

Enrolló un periódico y la persiguió; el insecto le miraba con sus ojos facetados, y esperaba el último segundo para evitar el golpe; parecía burlarse de él.

—Tú lo has querido —dijo—. Recurriré a la guerra química.

Fue todo un detalle advertirla de sus intenciones; la mosca se dirigió hacia la ventana y salió. Él la cerró y volvió a estirarse en el sofá.

Pero segundos después volvió a oír el zumbido. Dos moscas revoloteaban junto a su cara.

—¿De dónde salen? —exclamó, poniéndose en pie.

Esta vez no trató de echarlas por la ventana; las empujó hacia el pasillo y cerró la puerta.

—Ya me ocuparé de vosotras después de la siesta —amenazó.

Se estiró de nuevo en el sofá, pero no llegó a cerrar los ojos. Cinco o seis moscas dibujaban elipses mientras esperaban a que se durmiera para atormentarle.

Se levantó de un salto, irritado, y se dirigió hacia la cocina para buscar el insecticida.

—Rociaré toda la casa y me iré a dar una vuelta. Yo me he quedado sin dormir, pero para vosotras será peor.

Antes de llegar a la cocina se miró en el espejo del recibidor. La expresión airada armonizaba extrañamente con sus profundas ojeras, dándole un cierto aspecto de enajenado.

De repente, vio algo a través del espejo que lo paralizó. Detrás de él, un bulto de gran tamaño aparecía cubierto por centenares de moscas. Sus manos empezaron a temblar pero no fue capaz de moverse. No podía apartar los ojos de esa imagen imposible. La expresión de su rostro alternaba el desconcierto con el pánico, la incredulidad con la aparente certeza de su percepción visual. ¿Acaso era un atisbo de locura? ¿Tal vez imaginaba que después de todo estaba durmiendo, y no era más que una pesadilla? Su inmovilidad, que sugería el temor de girarse y comprobar que sus ojos no le engañaban, parecía indicar que creía que estaba despierto. O quizás la valentía no era una de sus virtudes, ni en sus sueños.

Sea como fuere, nadie puede permanecer indefinidamente en estado de estupor. Un parpadeo rápido sirvió de prólogo al regreso de la movilidad de sus miembros. Se giró despacio, con el temor de que la imagen reflejada en el espejo fuera real. Aunque no pareció sentir alivio al comprobar que en la habitación no había ningún bulto cubierto de moscas, tal vez porque, volando ociosamente, había más insectos que antes.

Volvió a mirar el espejo: el bulto había desaparecido. Su rostro desencajado empezó a relajarse, pero entonces vio una mosca posada sobre el espejo *por el otro lado*, sin una real a la que servir de reflejo. La observó con los ojos desorbitados hasta que atravesó el cristal y se sumó a sus compañeras que danzaban en el aire, como esperándole.

Cerró los ojos y apretó los puños, en un intento vano de evitar el temblor de sus manos. Permaneció así durante mucho rato, como si el hecho de no ver le mantuviera a salvo. Pero no podía cerrar también los oídos, y el zumbido de las moscas le impedía regresar al mundo real en el que los espejos no se pueden atravesar ni muestran lo que no existe.

Finalmente volvió a abrir los ojos. ¿Fue un error? No hubiera cambiado nada, aparte del hecho de que no podía quedarse así para siempre. Detrás de él, reflejado en el espejo, había alguien de gran estatura cubierto con un largo abrigo negro. Su rostro permanecía oculto por un pañuelo también negro que sólo permitía ver sus ojos, oscuros como el más profundo de los abismos. En sus manos sostenía un hacha.

Me atrevo a decir que eso fue la gota que colmó el vaso. Tal vez hubiera muerto, tal vez sólo se hubiera vuelto loco, pero no le di tiempo. Golpeé con todas mis fuerzas el cráneo del desdichado, partiéndolo en dos. Mis niñas dejaron de esperar y acudieron a alimentarse. Las otras se acumularon al otro lado del espejo hasta cubrirlo por completo. Volví a tomar el hacha y lo golpeé para facilitarles la entrada.

No hay nada que me produzca más gozo que verlas arrojarse sobre su comida. En menos de un minuto el cuerpo estaba completamente cubierto. El pobre cadáver, antes de serlo, tuvo el exquisito

privilegio de ver su futuro. No me gusta tomar a cambio de nada.

Mis hijas se quedarán ahítas y no necesitarán más en varios días. Después buscaré una nueva puerta.

¿Tienes un espejo?

Nigel y Alistar

En la relativa seguridad oscura, fría y aséptica, llena de ecos y toses del hospital, la asaltaba aún de repente, en medio de la noche, ese olor que le revolvió las entrañas. La sacudía entonces una brutal náusea y la dejaba temblando, bañada en sudor helado, la cena a medio digerir arrojada sobre las impolutas baldosas blancas del suelo. No era un olor real, sólo recordado, pero le llegaba con tanta fuerza como si algo físico la golpeara en el estómago.

Era un olor a carne en descomposición, a sucia humedad, a peluche en un basurero, a bayeta usada y mojada, a perro callejero bajo la lluvia. Y cuando cerraba los ojos con fuerza y dejaba de respirar se daba cuenta de que no podía alejarse de ese olor porque sólo estaba en su cabeza. Y volvían las imágenes de aquél perturbado demente rodeándose a sí mismo con los brazos metálicos forrados de andrajosa imitación de visón que pudo ver cuando escapaba. Su hermano se los había construido, en una burda y penosa imitación de un abrazo maternal... O sensual. Y era ese el olor que recordaba, el de aquellos brazos artificiales, empapados en lágrimas, saliva, semen y sudor agrio durante años.

Sólo había empezado a ser consciente de lo que le estaba pasando cuando la arrojaron al desagradable escondrijo que sería su morada casi un año entero. Sin que pudiera ver a sus raptores la dejaron en el sótano, encerrada con las ratas en la más completa de las oscuridades. Como su padre era un importante empresario supuso que pedirían un rescate, pero cuando a pesar de sus llantos y gritos nadie vino a darle de comer en tres días y tuvo que beber agua de los charcos de filtraciones y hacer sus necesidades en un rincón pensó que quizá se habían olvidado de ella. Se imaginó que moriría allí de hambre, de un modo lento y horrible, o que tendría que sobrevivir cazando y comiéndose crudos a los asquerosos roedores que oía corretear por las esquinas. La realidad fue mucho peor que eso.

Alistair, el mayor de ellos, aquél despreciable gordo psicópata de mirada terrible, inteligente y cruel, bajó al fin a verla con una escudilla repleta de un apestoso engrudo humeante que le tiró a los pies ofreciéndoselo a modo de comida. No se sentía con fuerzas de ser orgullosa o remilgada de modo que comenzó de inmediato a devorar la pasta con las manos. Él emitió una enervante risita asmática y empezó a hablar pausadamente, como quien establece los términos de un contrato, con una espantosa serenidad. Le contó que era afortunada puesto que su hermano Nigel la había escogido a ella. Que había hecho cosas malas en el pasado y por eso tenían que esconderse pero que era un buen chico si no se lo ponía nervioso. Que Nigel necesitaba una mujer y que ella iba a ser buena con él. Le explicó que cuando era pequeño a Nigel le encantaba romper las patas traseras o la parte inferior de la columna a los perros y gatos que encontraba sólo por diversión, por el placer que le proporcionaba ver cómo se arrastraban luego. Y que esperaba que ella se portara bien y no le diera ni a él ni a Nigel razones para acabar arrastrándose como aquellos perros. La avisó de que era imposible escapar porque en 50 kilómetros a la redonda no había ningún ser vivo y que desearía morir antes de lo que le esperaba cuando la atrapasen si intentaba huir porque, que no tuviera ninguna duda, la atraparían. “Ninguna ha escapado nunca”, remató antes de irse.

Nigel iba cada noche al sótano a verla. Era alto y musculoso, macizo como un roble y, si la cara es el espejo del alma, la suya, por lo poco que dejaba ver la solitaria bombilla colgada del techo, estaba podrida hasta la médula. El primer día trajo un colchón de espuma y una manta que dejó allí para ella, como un regalo. Al principio sólo se sentaba a su lado y la rodeaba con sus

brazos, y ella procuraba estarse muy quieta, llorando y temblando como una hoja. Él gruñía e imitaba sus gemidos como en un juego macabro. Se quedaba casi toda la noche y la acunaba adelante y atrás con un movimiento autista susurrando “Mamá ya está aquí... Mamá ya está aquí...” Pero Nigel no se conformó con eso...

Una noche le tocó los pechos de forma torpe, rápida y furtiva, como si le quemaran las manos. Se apartó un poco y cuando ella quiso saber si se había ido lo vió masturbándose violentamente. Se marchó de inmediato y la dejó algunos días en paz pero supo que no duraría. Cuando volvió no venía solo. Alistair la amordazó y le aguantó los brazos por detrás mientras Nigel le ponía en la cabeza un saco hediondo y la violaba salvajemente. Duraba apenas unos minutos y cuando acababa, entre bufidos, llamaba a su mamá. Lo repitió cada noche durante meses.

A medida que Nigel fue tomando confianza en su fuerza hercúlea y ella vio que resistirse era totalmente inútil y era mejor dejarse hacer ya no necesitó la ayuda de su hermano para someterla. Alistair nunca la tocó en ese sentido, pero ella sabía que invariablemente permanecía mirando desde la puerta, dominando y contemplando el espectáculo desde lo alto de las escaleras que bajaban al sótano. Por su mirada siempre sospechó que Alistair obtendría más placer cortándola poco a poco y concienzudamente en pequeños pedacitos sanguinolentos. Y seguramente lo hiciera cuando Nigel se cansara de violarla sistemáticamente. Sólo esperaba ansiosamente su turno. A través del saco sólo veía su enorme figura a contraluz pero casi podía imaginar sus minúsculos ojos sádicos fijos en ella, brillando como ascuas. Lo mejor era no mirar, intentar alejarse de su cuerpo para no sentir nada. Y contener las nauseas. Sabía por experiencia que las cosas podían ponerse muy feas si vomitaba...

Volvió al presente con un sobresalto y vio que tenía los nudillos de las manos blancos de apretar los puños y las palmas ensangrentadas de calvarse las uñas en ellas. Una vieja costumbre de su encierro que le costaría abandonar. Consultó el reloj de la pared. Sólo eran las cinco de la mañana y sabía perfectamente que hasta que no avisara a una enfermera que le trajera unas drogas milagrosas sería incapaz de dormir. Como cada noche. Y por la mañana vendría aquél inspector que decía ser psicólogo y la torturaría haciéndole más preguntas, haciéndole recordarlo todo.

Pero ella no quería recordar, no quería pensar que si estaba allí era porque Nigel apareció de improviso una tarde y la liberó a espaldas de su hermano, que debía haber salido. “Tú no eres de él, mamá”, le dijo con su voz gutural y, por la forma en que pronunció la última palabra, ella entendió por qué lo hacía. Nunca antes le había dirigido la palabra. No quería ni ver la cicatriz de su vientre, no quería ni imaginar cómo podía haber un dios que lo hubiese permitido, que permitiera a aquél engendro tener descendencia. Cómo aquél bebé se podía haber gestado en su útero en aquellas condiciones y cómo se lo habían arrancado... Pero sobre todo cómo podían estar criando a esa criatura aquellos dementes. Aquél bebé que cada noche, en sus sueños provocados por somníferos, oía llorar desconsoladamente. Su bebé...

El pozo del averno

—Padre Fabián, ¿estáis seguro de que merece la pena correr semejante riesgo por un siervo del diablo?

—Sin la menor duda. Antes que servidora del diablo esa pobre criatura fue hija del Altísimo.

—Sí, pero hay ciertos riesgos menos... admisibles que otros.

—¿Qué teme vuestra ilustrísima?

—La carne no es más que la vestimenta con que el Señor quiso que penáramos por el mundo, pero el alma es inmortal, y vos podéis estar arriesgándola.

—¿Sí, pero os imagináis la alegría de Dios y Sus Ángeles si, antes de ser purificada, la bruja se arrepintiera?

El padre Fabián alzó los ojos, sumido en un arrebató místico. Por desgracia, todo lo que alcanzaba a ver era el tosco trabajo de mampostería de la bóveda. Volvió a agachar la cabeza, con lo cual su rostro quedó de nuevo oculto en las profundidades de la capucha, y siguió adelante con paso vivo. En su mente se veía presentándose humildemente ante el Creador en el Juicio Final diciendo: “Oh, Señor, traigo a tu presencia el cordero que estaba extraviado para que vuelva a tu regazo”. ¿No decían las Sagradas Escrituras que habría más alegría en el Cielo por un pecador arrepentido que por cien justos?

La misericordia de Dios era infinita y permitía, incluso a sus más equivocadas criaturas abrazar en el último instante la luz de Cristo y alcanzar con ello la salvación eterna. Las manos de Fabián comenzaron a temblar levemente debido a la excitación. El inquisidor las unió inmediatamente en señal de oración. Entonó un padrenuestro silencioso para apartar su mente de las glorias celestiales y devolverla a la cruel realidad del largo crepúsculo de llanto y dolor donde se templaban las almas humanas antes del Juicio.

Finalmente, llegaron al borde del pozo donde estaba encadenada la mujer. A un lado, en una gran tinaja pivotante, hervían miles de litros de aceite, prestos a derramarse sobre la bruja a la menor señal de que estuviera recurriendo a sus negras artes.

—Bendígame, eminencia —solicitó Fabián.

El obispo accedió a su petición, aunque su musitada letanía se perdió entre los gritos de dolor de los presos y el estruendo de la maquinaria de las mazmorras. El inquisidor se subió a un cesto unido a una polea y esperó a que lo bajaran al lugar donde su fe sería puesta a prueba.

—¡Belcebú, abandona a esta mujer! —gritó apenas sus pies tocaron el suelo cubierto por paja podrida.

La única respuesta fue un furioso siseo.

—¡Te traigo la luz! ¡Desiste de tus intenciones! ¡Honra al Señor tu Dios! —prosiguió el padre Fabián, enarbolando una enjoyada cruz.

Esta vez obtuvo una respuesta inteligible.

—¿Quién eres tú, que traes luz a estas tinieblas?

—Soy la voz y la mano de Cristo en la tierra. Abandona tus diabólicas artes y abraza la cruz, de modo que tu alma pecadora pueda presentarse ante el Altísimo para ser juzgada.

—¿Por qué debería hacerlo, si ya tengo asegurado un puesto al lado de Aquel Que Ostenta el Poder? —le replicó la voz.

Sólo entonces giró su cabeza la prisionera y en su rostro vio el inquisidor reflejada la faz del diablo. Tras sus ojos ardían las llamas del infierno y de las comisuras de su boca pendían hilillos de baba sanguinolenta. Fabián se echó hacia atrás, pero se rehizo pronto. ¿No le apoyaba acaso la fuerza del Señor? Apretó con fuerza la cruz, hasta que sus nudillos palidieron, y buscó fuerzas en las santas escrituras. Con voz trémula al principio, pero cobrando potencia a medida que las palabras le reconfortaban, comenzó a recitar unos versos del salmo veintitrés:

—*Nam et si ambulavero in valle umbrae mortis, non timebo mala, quoniam tu me...*

No pudo proseguir, pues la mujer había prorrumpido en salvajes carcajadas.

—Ba... basta. ¡Te lo ordeno! —tartamudeó el padre Fabián.

La risa cesó pero las humillaciones no habían hecho sino empezar. La prisionera alzó los brazos, en una parodia del gesto del cura, y clamó:

—*...em ut mainouq, alam obenit non, sitrom earbmu ellav ni orevalubma is te man.*

Allí estaba la prueba definitiva de la corrupción de la mujer. Sólo el diablo podía pervertir el don de lenguas y convertirlo en una burla al Altísimo. La rabia barrió todo temor y le confirió nuevas fuerzas.

—¡Reniega de Satanás, bruja! El tormento que ya ha sufrido tu carne no es sino el anticipo de lo que te espera en el infierno.

—¡Antes renegarás tú de Dios! El odio y el orgullo te consumen. ¡Sirve al amo que mejor puede comprenderte!

Fabián palideció. Por un momento la duda anidó en su corazón pero pronto desechó la idea como una mentira más del Maligno. Toda su vida había estado dedicada a Dios: su preparación, su

predicación, su doloroso trabajo como guardián de los campos del Señor, su santa labor inquisitorial.

—Mi alma es pura. Sólo busco servir a mi Creador, para mayor gloria Suya.

—¡Ja! —se mofó la bruja—. Para mayor gloria del santo Fabián, querrás decir.

La seguridad del sacerdote se tambaleó un poco más. Las palabras de aquella criatura diabólica tenían el poder de distorsionar la realidad. Utilizaba negros sortilegios para minar su fe y aislarlo de la fuente del poder divino; para despojarlo de su armadura clerical y obligarle a enfrentarse a las fuerzas del averno con sus pobres armas de mortal. No podía consentirlo. Era el depositario de la Verdad y su deber consistía en transmitirla a quienes, por cualquier circunstancia, no habían recibido la llamada con la misma intensidad. Su labor era penosa y, de tanto en tanto, se hacía preciso emplear métodos más expeditivos que un simple sermón.

—¡Yo te maldigo, criatura infernal! —rugió, con la seguridad en sí mismo y en sus ideas plenamente restaurada.

—¡No tienes ningún poder sobre mí! —le desafió la bruja. De sus comisuras descendía, en obscenos chorretones, una baba espesa y rojiza.

—*Et mittent eos in caminum ignis; ibi erit fletus et stridor dentium.*

Superponiéndose a las palabras del sacerdote la bruja recitó, como un eco burlón:

—*Te tnettim soe ni munimac singi; ibi tire sutelf te rodirts muitned.*

—Es tu última oportunidad para escapar de las llamas eternas

—Sí, mi última oportunidad... ¡de ofrecer un sacrificio a mi Señor!

La bruja se abalanzó sobre el sacerdote, rompiendo los grilletes que la sujetaban. Sus uñas eran largas y negras, su risa levantaba ecos en los oscuros rincones del alma.

—¡Oh, Amo! —clamó la bruja—. ¡Acepta este sacrificio y sálvame del tormento!

Al mismo tiempo que los guardias del obispo accionaban la palanca que volcaría el aceite, la bruja desgarró la garganta de Fabián. Seguía riendo mientras la sangre del sacerdote la salpicaba, saliendo a borbotones de la terrible herida.

Y el aceite se derramó.

Cuando la alcanzaron las primeras gotas, la bruja sintió un dolor terrible que le hizo desorbitar los ojos. ¡La inmolación no había surtido efecto! No tuvo mucho tiempo para cuestionárselo. Su grito de muerte retumbó por los calabozos.

La comitiva del obispo permaneció en su lugar hasta mucho después de que el aceite dejara de humear. El espanto estaba pintado en sus facciones, pues habían comprobado hasta dónde podía llegar el poder del demonio. Por último, el pontífice apartó sus ojos del escenario del drama. El resto de su rebaño lo necesitaba. Sin embargo, aún tuvo un último pensamiento para el padre Fabián.

—Gracias a vuestro sacrificio, padre, el mundo es ahora un poco más santo —murmuró. Sumido en profundas reflexiones, abandonó aquel lugar de llanto, dolor y expiación.

Presente

Despertó y allí estaba, todos sus miedos estaban de repente frente a sus ojos, todo aquello que había conseguido olvidar hasta ese mismo momento, y no sin esfuerzo, de repente afloró en su mente.

No era consciente de si lo que estaba viviendo era real, su cabeza parecía estallar, en aquel momento cualquier recuerdo hubiera sido bueno, pero no ese precisamente, sin pensarlo subió sus manos hacia el rostro, y como dos puñales, introdujo sus dedos en sus cavidades oculares, de repente la sangre comenzó a rodar por sus mejillas, no podía soportar más aquella visión y de alguna manera iba a romper con ella para siempre, sus ojos cayeron al suelo a la vez,

envolviéndose, confundiéndose con el conjunto de restos anteriormente mutilados, inconsciente se desmayó ahogado en un profundo grito y víctima del propio dolor infringido.

Parecía haber transcurrido un siglo, pero al tomar consciencia de nuevo, quedó sorprendido, todo estaba tranquilo ni siquiera sentía el dolor en su cuerpo de lo que vagamente recordaba haber sufrido antes de desmayarse, otra vez no, no era posible, de nuevo la misma pesadilla, frente a él, aquello le superaba, sus ojos ya no estaban allí para mostrarle tanto sufrimiento, no imaginaba ser humano que pudiera soportar todo aquello y de entre millones solo le había tocado a él.

Sin embargo al girar su rostro y ver su imagen reflejada en el espejo se dio cuenta que no era así, que a su lado y unido a todo lo largo de su cuerpo, dos cuerpos en uno, compartiendo su cerebro permanecía un ser exactamente igual a él, lleno de sangre y con el cuerpo completamente ajado, repleto de vísceras colgando, pero con una sola diferencia respecto a él mismo, ya no tenía ojos.

Reflejos

Había vuelto a dormir mal aquella noche. Tenía que cambiar aquel maldito colchón hundido e incómodo, pero apenas podía llegar a fin de mes con las letras del coche y la hipoteca, y además aquel mes tenía que hacer frente a la condenada multa de tráfico.

El pobre contable terminó de levantarse, bostezó profundamente, se desperezó y comenzó a caminar con desgana hacia el cuarto de baño. Apestaba a sudor y le olía el aliento. Odiaba aquellas malditas noches madrileñas. Aún medio dormido se reclinó sobre el lavabo y abrió el grifo del agua fría. Tomó un largo tragó y después levantó la cabeza para hacer gárgaras.

Escupió el agua al tiempo que se daba la vuelta.

¿Qué había sido eso?

No había nada detrás de él. Debía haber sido una mala jugada de su imaginación. Esbozó una torcida sonrisa, todavía parecía estar medio dormido. Pero le había parecido tan real...

Se dio nuevamente la vuelta y volvió a mirar el espejo.

¡Y volvía a estar ahí!

Se dio la vuelta tan rápido que estuvo a punto de caer, pero frente a él seguía sin haber nada. Un escalofrío recorrió su espalda. No se lo había imaginado, no dos veces. ¿Qué era lo que estaba pasando? No estaba dormido. No era ninguna pesadilla. Pero... Era imposible.

Permaneció de espaldas al espejo durante varios minutos. No quería reconocerlo pero no se atrevía a volverse. Tenía miedo. Un miedo intenso e irracional como jamás había sentido. Soltó una carcajada forzada. Aquello era una estupidez, no podía estar sucediendo. Se estaba comportando como un niño asustadizo. Se obligó a si mismo a volverse de nuevo hacia el espejo.

Volvía a estar allí.

Pero esta vez no se volvió. Se negó a creer aquella ilusión. No sabía que era lo que estaba pasando, pero sabía que aquello no podía ser real.

En el reflejo del espejo veía perfectamente que no estaba sólo. Tras él, a escasos pasos, había otra persona. Y era él mismo.

Se veía perfectamente en el espejo, mirando su propio reflejo con una expresión de incredulidad y terror absoluta. Y tras él se veía otra vez a él mismo. Pero no era él. Era su rostro, sí, pero no era él. Ya no podía negar el terrible miedo que a cada instante se apoderaba más y más de él. Tras él veía a una versión extraña de él mismo, un reflejo perverso y maligno. Su reflejo sonreía, pero él jamás había esbozado una sonrisa como aquella. Sonreía divertido, como si se recreara en el terror que le estaba infundiendo. Era una sonrisa terrible y helada; maligna. Y su mirada era incluso peor, unos ojos carentes de vida pero inyectados en odio.

Volvió a darse la vuelta bruscamente.

Y volvía a no haber nada.

No entendía lo que estaba pasando. No podía ser real y quería convencerse de ello. Pero era real. Era real y lo sabía, si no fuera así no estaría respirando entre jadeos y no habría comenzado a sudar.

Nuevamente se obligó a darse la vuelta. Lentamente comenzó a darse la vuelta, pero nada más ver por el rabillo del ojo que aquel reflejo volvía a estar allí se dio la vuelta. Y frente a él seguía sin haber nada.

Se rió. Aquello no podía estar pasando. Se estaba volviendo loco.

Pero no se atrevió a volver a girarse y —de espaldas— abandonó el cuarto de baño y cerró la puerta tras él. El corazón le latía más rápido de lo que nunca lo había hecho.

Corrió entonces hacia su habitación lo más rápido que pudo. Su reflejo le seguía. Lo sabía. En el espejo del salón, en la pantalla apagada del televisor, en los cristales de las ventanas, en todos veía como el reflejo le perseguía. Y en cada reflejo que lo descubría estaba cada vez más cerca.

Llegó a su habitación y cerró violentamente la puerta tras él. Evitó mirar las ventanas y abrió su armario bruscamente. Allí, mirando las chaquetas colgadas, se vistió lo más rápido que pudo. Se detuvo de repente. Mientras se cambiaba de ropa había estado concentrado en hacerlo lo más rápido que podía, pero ahora volvía a enfrentarse a aquella pesadilla. No quería volverse, no quería ver su reflejo en la ventana de su habitación, pero no podía quedarse allí, la tortura de aquel terror intangible era casi peor. Tenía que hacer algo.

Salir de su casa.

Era lo único que se le ocurría. Abandonar aquel piso demencial y sus espejos. Se obligaba a creer que aquellos reflejos demenciales no estarían fuera. Aquel razonamiento no tenía sentido, pero ya carecía de él aquel reflejo en sí. No podía hacer nada contra ellos. Sólo había una cosa que podía hacer: huir.

Corrió. Abandonó su habitación y recorrió toda su casa hasta alcanzar la puerta y salir. Ya sin espejos a su alrededor se apoyó contra la puerta y, por primera vez desde que aquella mañana había entrado en el cuarto de baño, respiró tranquilo. Lo había vuelto a ver mientras huía, y en cada reflejo en el que lo había descubierto estaba cada vez más cerca. Pero ahora se había librado de él. Estaba seguro.

Se sentó espalda contra puerta y permaneció así durante varios minutos hasta que se dio cuenta de que estaba haciendo el ridículo. No sabía que había pasado, pero estaba seguro de que lo había visto no podía haber pasado. Debía de haber sido alguna mala jugada de su imaginación, y después su propio subconsciente le había ver hecho aquellas imágenes. Nuevamente se forzó a esbozar una sonrisa. Algún día se reiría recordando la paranoia que había tenido esa mañana. Comenzó a pensar lo idiota que debía parecer en esos momentos. La noche anterior había estado bebiendo con sus amigos y aquella extraña resaca debía de ser la consecuencia. Nuevamente se obligó a sonreír ante todo aquello. Se levantó, pero no se atrevió a volver a su piso, comenzó a bajar las escaleras hasta el sótano.

Iría a trabajar, era la manera más rápida de olvidarse de aquella pesadilla; llegaría muy pronto, pero no le importaba. Afortunadamente entre las llaves de su casa estaban también las del coche. Abrió la puerta y se metió dentro de él. Arrancó el coche, se puso el cinturón, reguló el retrovisor...

Cuando se dio cuenta de su error fue demasiado tarde. Justo en el instante en el que levantó su vista hacia el espejo vio como su yo siniestro sonreía y se abalanzaba sobre él. Fue incapaz de reaccionar. Vio como los dientes de su reflejo perverso se clavaban en su cuello y como la sangre comenzaba a brotar. Se miró el cuello, no había el menor rastro de sangre. Pero su siniestro gemelo seguía mordiendo, y la sangre seguía manando. Siguió mirando el espejo. No tenía fuerzas para negar aquella locura. Su vista comenzó a nublarse y —mientras su cabeza caía hacia delante— lo último que vio como su reflejo se separaba de su cuello y sonreía extasiado.

El claxon del coche comenzó a sonar cuando su cuerpo muerto cayó sobre él.

Scorpionida

Contravenía todas las leyes, pero no hizo ni el ademán de apagar el cigarro cuando la puerta se abrió para dejar paso al Ministro del Interior. Tampoco él hizo ningún gesto al comprobar que el aire de la habitación estaba saturado de nicotina mezclada con sudor rancio de días. No era el momento más adecuado para andar con pequeñeces.

—Pase, por favor, y siéntese.

Obedeció sin rechistar, como si fuera aquel hombre su superior jerárquico y no al revés. No hacía ni media hora que se había levantado y ni siquiera había tenido tiempo para ducharse antes de montarse al coche oficial que le había llevado rumbo a la carretera de La Coruña. Menos mal que no necesitaba afeitarse.

—Hemos descubierto un nuevo caso, el octavo en tres meses —la voz del agente sonaba exactamente como debía de sonar: impersonal. Incluso ante aquel tipo de cosas debía estar entrenado para no mostrar ningún tipo de sentimiento.— Como es habitual hemos tratado de camuflarlo ante los medios, pero cada vez es más complicado.

—¿Cómo ha sucedido esta vez?

—Un local de ensayo de un grupo heavy en un polígono industrial. Sólo hemos tardado cinco minutos desde la aparición del campo electromagnético, pero cuando hemos llegado lo único que quedaba era la carnicería habitual. —hizo una pausa para tomar un sorbo de café mientras el ministro se pasaba un pañuelo por la calva. Hacía calor pero lo único que le provocaba aquel asunto era sudores fríos— Tampoco hemos encontrado rastro del... asesino, como sucedió las anteriores veces. Sin embargo sí hemos podido verlo en acción. Los chicos estaban grabando la fiesta en vídeo, si quiere podemos verla.

¿Quería? No lo tenía ni mucho menos claro. Había visto fotos de los casos anteriores, informes de autopsias, miles de folios sobre teorías descabelladas que trataban de explicar lo que ocurría... Pero verlo en vivo y en directo no era precisamente un plato de gusto.

—¿Hay algo en el vídeo que pueda explicar el proceso?

—Nada, señor. Ningún signo externo ni nada que pueda provocarlo. Están tocando y de pronto se desencadena la catástrofe. Al menos creo que se puede descartar la hipótesis del terrorismo suicida. Ninguno de esos chavales era ni siquiera religioso, así que esa vía no se sostiene. En cuanto a la posibilidad de sustancias externas... — el agente se acercó un papel escrito a toda prisa al que echó un vistazo sólo para demostrar que no se equivocaba. Lo había leído mil y una veces y se lo sabía de memoria— Tenían cerveza, patatas fritas y marihuana en el local, nada que pueda provocarlo. De hecho el 90% de los jóvenes deberían estar en la morgue si es la mezcla de esas tres cosas el detonante.

No tenía ni puta gracia, pero aquel hombre probablemente necesitaba un poco de humor negro para sobrellevarlo. Aun así le puso la cara reprobatoria que merecía aquel comentario. Ya eran casi treinta muertos de la misma manera y la explicación racional que tenía que existir estaba mucho más lejos que cerca. En ocasiones se preguntaba si directamente no había explicación racional. Por Dios, ese tipo de cosas sólo ocurrían en películas de serie B, no en el mundo real.

—Está bien, ponga el vídeo. —decidió finalmente.

—Le advierto que es muy fuerte, señor.

—¡Ya supongo que no será “Sonrisas y lágrimas”! ¿Quiere ponerlo de una vez?

—Claro, señor, como usted diga.

Se acercó al ordenador y abrió el archivo. Lo único que podía verse al principio era a cinco chicos con el pelo largo gritando desaforadamente estúpidas historias sobre orcos, elfos y todo ese tipo de lugares comunes propios de aquel tipo de grupos. Parecía que más que tocar para lo que ensayaban era hacer poses extrañas dedicadas a un público inexistente. Tenía una colega a la que le

gustaba mucho este tipo de música, pero a él simplemente le parecía bazofia.

—Como le he dicho estaban grabando un ensayo.

—Ya lo veo. ¿Puede avanzar hasta el momento exacto, por favor?

—Claro, sucede aproximadamente al cuarto de hora.

En concreto sucedía a los dieciséis minutos treinta y tres segundos de grabación., en una pausa entre dos canciones. El cantante no había dejado de hacer el signo de los cuernos en todo el ensayo y ahora lo mantenía en cada mano mientras anunciaba que la siguiente canción se la dedicaba a los que luchaban por el metal. En aquel momento el guitarrista vomitaba en el suelo y todos se volvían hacia él justo a tiempo de ver cómo caía al suelo desmayado. Luego... luego aparecía algo que el ministro nunca podría olvidar por mucha terapia que recibiese.

—Apáguelo, por favor— el agente no dudó ni un solo instante en hacerlo. No era la primera vez que lo veía pero seguía impresionándolo— Y abra alguna ventana. El ambiente está muy cargado. —la habitación le daba vueltas y hacía esfuerzos ímprobos para no vomitar él también la cena de la noche anterior. Por suerte no le había dado tiempo ni a desayunar.

—Claro, señor, ¿quiere que le traiga algo?

—Un vaso de agua estaría bien.

—Ahora mismo, señor.

El hombre salió solícito en busca del líquido mientras el ministro se acariciaba inconscientemente el pecho. Cuando aparecieron los tres primeros casos todo el mundo creía que el forense que había dictaminado las causas de la muerte estaba borracho. El cuarto y el quinto sirvieron para confirmar que aquello era muy real, por absurdo que pareciese. Los dos siguientes sirvieron para encontrar el campo electromagnético que siempre aparecía un minuto antes de que se desencadenasen los sucesos. Y con este habían tenido más suerte, si es que puede llamarse así. Tenían una grabación que podía darles pistas suficientes para tratar de comprenderlo.

Si es que alguien puede comprender como las costillas y la columna vertebral de una persona cobran vida transformándose en un escorpión óseo que destroza el tórax del cuerpo al que anteriormente pertenecía y se dedican a acabar salvajemente con la vida de cuantos tienen cerca.

Sensación de poder

Las calles adoquinadas del centro de la ciudad, aun estaban llenas de charcos. Miró hacia el cielo. Había llovido mucho aquel día, las nubes grises aun se veían en el cielo. Pero la luna ya brillaba tras ellas. Héctor bajó la mirada y, enfurruñado, le dio una patada a una lata.

“Maldito carcamal. Quién sería el estúpido que decidió que un viejo decrepito puede decidir si apruebo o no.” Más enfadado por momentos, se metió las manos en los bolsillos y dejó de andar, esperando a que un semáforo se pusiera en verde.

Era viernes por la noche y hacía mal tiempo. Los bares, pubs y diferentes locales de alterne, estaban a reventar. Héctor no solía salir mucho por las noches, pero aquella era diferente. Notaba la rabia, como una columna de fuego que luchaba por salir de su estómago. “Tres semanas estudiando. Todas mis posibilidades de futuro”, refunfuñaba por lo bajo. Debajo del bolsillo de su pantalón se podía ver un puño apretado.

Llegó a una discoteca en la que ya había estado otras veces. Aunque estaba dentro de lo habitual, Héctor se fijó en el mastodonte que franqueaba la puerta. No pudo evitar preguntarse cuantos kilos de músculos habría en aquellos brazos. Pasó dentro y notó, como si de una burbuja se tratase, como todo el ambiente lo envolvía. Captó el olor de los cigarrillos, los gritos de la gente desgañitándose, cantando las canciones mientras bailaba. Le dio la impresión de que su corta melena de pelo negro le pesaba más, como si allí dentro rigiera otra presión diferente. Pero se sintió contento. Después de todo allí encontraría el desestresante que buscaba. Se uniría a la euforia

general, perdería su propia personalidad por unas horas, olvidando también sus problemas. “Y eso empieza por una copa”. Se dirigió a la barra.

Pero no llegó a pedir la copa. Mientras se esforzaba por escurrirse entre los cuerpos de la gente, una mano tocó su hombro.

—¡Oye, tú!

Héctor se dio la vuelta. Delante de él, había una chica, más o menos de su edad. No se podía negar, que era muy atractiva. Bien formada, con el pelo castaño cayendo por el lado izquierdo de su cara. Llevaba una de esas faldas cortas que suelen llevar las chicas cuando quieren dejar poco a la imaginación y un calor conocido recorrió el cuerpo de Héctor. Esperaba que ella no se diera cuenta. Intentando centrarse en otra cosa, Héctor se dio cuenta de que la chica llevaba una mano metida en una especie de bolsillo, dentro de su minúscula minifalda.

—¿Quieres?— dijo. Sacó la mano solo un poco del bolsillo y mostró una pastilla de color blanco, con un pequeño dibujo en ella. Pero Héctor no podía ver el dibujo.

—¿Qué es?

—Ya sabes lo que es. No te hagas el tonto.

—Dicen que las nuevas son muy peligrosas.— dijo Héctor. No era su primera vez, pero tampoco estaba metido en aquel mundillo.

—Tienen un nuevo aliciente, eso es todo.— un brillo de malicia destelló en sus ojos. Se acercó a Héctor, puso una mano en su estómago, acercó sus labios a su oreja y susurró:

—Imagínate tener el control. Sentir como tus sentidos se desarrollan hasta niveles insospechados.— Héctor casi sentía como los labios rozaban sensualmente su boca.— Piensa en la sensación de poder. La sensación de que todo está a tu alcance.

Héctor la cogió por la cintura con una mano mientras con la otra cogía la pastilla.

—¿Cuánto?

La chica no se apartó de donde estaba, pero escucho como se reía por lo bajo.

—Pruébala. Después ya quedamos y arreglamos el precio... a solas.— susurró justo antes de dar un pequeño mordisco al lóbulo de la oreja. Héctor sintió que enloquecía.

—No te la tomes aquí, tardaras un poco en controlarlo. Ven conmigo...

Pero Héctor no la escuchó. Sintió la necesidad, casi física, de meterse aquella pastilla en la boca. De sentir lo que la chica había prometido. Así que cuando ella aún estaba pronunciando “aquí”, Héctor ya se había tragado la pastilla.

No tardó más que unos segundos en actuar. Héctor notó como miles de pequeñas fuerzas actuaban contra su piel. Se liberaban de golpe, en forma de densos pelos negros, a lo largo de todo su cuerpo. Sintió como una nueva fuerza recorría sus músculos, causándole un dolor punzante, pero hinchándolos hasta niveles inhumanos. Creyó que sus ojos iban a explotar cuando se inyectaron literalmente en sangre, haciéndolo ver todo de color rojo. Un grito de angustia surgió de su garganta, pero el sonido atravesó unos colmillos enormes y se convirtió en aullido.

Héctor, o lo que quedaba de él, consiguió erguirse, pues durante la transformación había caído de rodillas. Alzó los ojos y vio a la chica que le había dado la pastilla, paralizada y con la cara descompuesta en una mueca de terror. Sus deseos físicos hacia ella, eran ahora muy diferentes. Ella no había mentido. Ahora sentía el poder. Cuando agarró el brazo de la chica con su garra, notó que apenas le costaría romperlo. Sintió todos sus sentidos superdesarrollados, captando todos los olores de la sala. Respondiendo a su instinto, clavó sus dientes en torno al cuello de la chica, desgarrándolo. Sintió la sangre goteando de su boca y emitió un gruñido de satisfacción. Miró al bolsillo de la minifalda cogió una pastilla de las que ella le había dado. El dibujo de la pastilla era una luna llena. “Hija de puta”, pensó la parte humana. El lobo solo pensó en comer la carne capturada, pero el instinto no dictaba eso. Su instinto le instaba a cazar todo lo posible y comer después. Antes de darse la vuelta, el humano de su interior se acordó de cierto profesor, que difería de él en ciertos aspectos. Una sonrisa apareció en la boca del lobo. Sí, venganza.

Acabó de darse la vuelta. Pero ante él ya no había una discoteca. Solo un enorme comedor, lleno de presas que intentaban escapar, alertadas por la muerte de la chica. Presas de color rojo tras los ojos del licántropo.

El teléfono móvil

Llevaba noches sin poder dormir. Demasiadas, tal vez. Los compañeros de trabajo lo notaban, y ya me lo habían dicho en un par de ocasiones a lo largo de la semana. “¿Y qué le voy a hacer?”, les decía yo, “si soy muy nervioso”.

Las imágenes se sucedían en mi mente constantemente, en la oscuridad de la habitación. Encendía la luz inmediatamente cuando se volvían insoportables y así, con la iluminación, lograba calmarme.

Aquella velada, sin embargo, la lámpara de la mesita de noche no funcionaba. Lo primero que se me pasó por la cabeza fue que tendría que cambiar la bombilla. Luego pulsé el interruptor de la luz y tampoco se iluminó la estancia. Me estremecí. Las imágenes estaban cobrando una fuerza inusitada.

Intenté pensar en otras cosas más agradables, pero no dio resultado. ¡Necesitaba la luz, pero seguía sin funcionar! “¡Maldito apagón!”, maldije con todas mis fuerzas.

Tenía que encontrar el medio para calmarme. No podía luchar contra las imágenes de mi cabeza creando nuevas imágenes. Se desvanecían.

De repente, pensé en mi teléfono móvil. Si pulsaba una tecla, se iluminaría. Me levanté de la cama muy despacio y palpé el escritorio, hasta que lo encontré. Apreté una tecla y se iluminó al instante. Afortunadamente, lo había cargado esa misma tarde.

No obstante, aquello no ayudó a que disminuyera el miedo. Su luz era tan débil que daba un aspecto lúgubre a la habitación cuando la iluminé. Vislumbraba sombras que se iban deslizando por las paredes, y entonces dejaba de pulsar la tecla. Unos segundos después la oscuridad volvía a estar presente y no pude evitar volver a pulsarla.

Me dirigí hasta un rincón, iluminando únicamente aquel trozo de pared. El corazón me palpitó con más fuerza. No podía ver qué es lo que pasaba a escasos centímetros de mí. Rodeado de oscuridad, cerré los ojos y me senté en el suelo. Al poco rato me levanté. Sentía mucho frío.

De repente, el teléfono móvil se iluminó y sonó. Se me cayó al suelo e hizo un enorme ruido. Sin embargo, seguía sonando, aunque ahora no se iluminaba. “¡Maldita sea!”, me dije. “¡Si al menos hubiera puesto alguna melodía suave, y no esa mierda que lo hacía sonar con el típico ring de toda la vida!”.

De rodillas y a ciegas, tanteé el suelo para alcanzarlo. Seguía sonando y no había forma de que cesara. No podía cogerlo, puesto que cada vez el sonido se iba alejando. Salí de la habitación.

Palpé las paredes, mientras el sonido del teléfono se oía cada vez más lejos. Encontré el interruptor y lo pulsé. Sonó un relámpago en ese preciso momento. Me pareció ver algo al fondo del pasillo con el destello. No estaba seguro. Y todo seguía oscuro. Todo. Y el sonido del móvil cesó.

Escuché pasos. Pasos lentos que se dirigían a mí. Tragué saliva y puse la mano derecha sobre mi pecho mientras respiraba agitadamente. De pronto, volvió a escucharse el sonido del móvil y a iluminarse. Y entonces la vi. Bella como siempre, me miraba mientras sonreía. Retrocedí, incrédulo, tropezando con la puerta de la habitación.

Se acercó hasta ponerse a mi altura, y se agachó. La contemplé en todo su esplendor. Sus ojos me miraban fijamente, mientras yo apartaba la mirada de su cara. Entonces lloré como un chiquillo, mientras gemía.

— ¡No... no puede ser...!

Ella sonrió todavía más, regocijándose en mi dolor. El sonido del móvil cesó, pero no la luz que emanaba de él. Seguía iluminándole la cara, y seguía mirándome, y mirándome, y mirándome...

— ¡Estás muerta, joder! ¡Yo te maté, yo te maté! — Grité con todas mis fuerzas.

No dejó de sonreír, ni de mirarme. Acercó una mano a mi rostro, pero yo enseguida me eché hacia atrás. Pareció divertirse con mi reacción. Volví a apretar el interruptor de la luz, insistentemente, pero no hubo manera de que ocurriera nada.

No podía cerrar los ojos. Y no podía articular ninguna palabra. Quería irme lejos de allí, a una isla paradisíaca o a cualquier otro lugar. Me daba lo mismo. Me sentía capaz de todo para escapar de aquella situación.

Ella pareció leer mis pensamientos. Sacó un afilado cuchillo de su chaqueta y me lo puso en la mano.

Tras la nuca

Aquel día el local también olía a humedad y a espuma de afeitar. Era amplio, con las paredes de un desgastado color crema y unas baldosas blancas y negras que convertían el suelo en un gran tablero de ajedrez. Junto a la ventana, una vieja *philips* sintonizaba con dificultad una emisora de jazz. En el techo, un fluorescente iluminaba de forma precaria la peluquería.

La puerta metálica se abrió con un chirrido y Marchelo entró a toda velocidad azuzado por la tormenta. La gran nube que descargaba sobre la ciudad y que había traído la noche en cuestión de minutos, le había pillado totalmente desprevenido.

—Buenas tardes —dijo mientras se quitaba la empapada gabardina, pero no recibió contestación. No había nadie en el local, salvo Whit Dickey tocando un viejo tema por la radio. Los ritmos del contrabajo y de la batería parecían hechos para acompañar al sonido de la lluvia sobre la acera. Marchelo se pasó la mano por la cabeza mojada para comprobar la longitud del cabello, y confirmó que había demorado el corte más de lo deseable. Luego pegó un vistazo alrededor. El suelo estaba limpio, recién fregado a juzgar por el fuerte olor a lejía, y no había mechones de pelo esperando a ser recogidos. Al parecer últimamente escaseaban los clientes. Los vetustos sillones de cuero rojo continuaban alineados frente al gastado mobiliario tal y como habían estado siempre, y en la pared, colgado sobre la puerta de entrada, el mismo reloj circular de toda la vida permanecía fiel a su tarea de medir el tiempo.

—¿Hay alguien? —preguntó impaciente tras ver que eran las 19:47.

—Está cerrado —la fría respuesta llegó desde el fondo del local, junto a la puerta del almacén. Marchelo se giró sobresaltado y a pesar de la poca luz, pudo reconocer a Giovanni, el peluquero. Era alto, delgado y de porte rígido. Iba ataviado con una bata blanca que dejaba entrever una camisa a cuadros y un pantalón de pana marrón.

—Bueno, todavía no son las ocho —dijo Marchelo dispuesto a no marcharse sin el corte de pelo que tanto necesitaba. Giovanni permaneció unos segundos en silencio, imperturbable, como si la decisión de atender a un cliente a quince minutos del cierre implicara un gran número de variables a analizar. Un fugaz tic nervioso recorrió sus labios y finalmente dijo con voz trémula:

—Siéntese —señaló con la mano uno de los asientos rojos y se dirigió a la entrada. Allí colocó el cartel de cerrado sobre el cristal de la puerta, echó la llave y bajó las persianas de láminas. Sin duda quería asegurarse de que ningún otro cliente rezagado entrara a última hora.

—Lamento haber llegado tan tarde —se disculpó Marchelo esperando que el peluquero restara importancia al hecho, pero sólo obtuvo silencio. Mientras se acomodaba en el sillón pensó con nostalgia en el viejo señor Sartori, padre de Giovanni. Él sí que había sabido tratar a la clientela durante más de cuarenta años, dando conversación cuando era necesario y callando cuando el cliente no se mostraba hablador. El viejo abrió la peluquería cuando pagar por un corte de pelo era un lujo que muchos en el barrio no se podían permitir, pero con su talante consiguió mantener un buen número de parroquianos que acudían puntualmente a la cita con sus tijeras. El señor Sartori

había fallecido la primavera anterior víctima de un accidente doméstico en extrañas circunstancias, y por desgracia, resultaba evidente que se había marchado sin enseñar a su hijo todas las facetas que componían el noble oficio de peluquero. Giovanni rara vez habría la boca, y cuando lo hacía, hablaba de forma hosca y con una voz extremadamente grave. Como era de esperar el número de clientes descendió, y tan sólo unos pocos vecinos, bien por costumbre, bien por una especie de gratitud póstuma hacia el padre de Giovanni, siguieron frecuentando el local.

El peluquero ajustó el sillón a su altura y dispuso un paño alrededor del cuello de Marchelo. Luego abrió un cajón que había en el viejo mueble y sacó un par de tijeras. Marchelo se fijó a través del espejo en Giovanni, quien ya había comenzado a trabajar en su cabeza. Aunque era joven, lucía unas marcadas entradas que afilaban aún más su delgado e inexpresivo rostro. En cambio, sus ojos claros miraban de forma penetrante enmarcados por unos párpados rojizos fruto de una conjuntivitis crónica. Parecían querer decir algo...

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Marchelo cuando el peluquero que tenía a su espalda, le mesó el cabello de la nuca durante más tiempo del estrictamente necesario. Volvió a fijarse en los pequeños ojos azules de Giovanni a través del espejo. Era como si disfrutara mientras le acariciaba la nuca con sus manos pálidas, casi lechosas. Había algo obsceno en esa mirada, algo instintivo, atávico, perverso... De repente, justo en el mismo momento en el que un trueno brutal hizo vibrar los cristales de la peluquería, los dedos de Giovanni se tensaron con fuerza alrededor de su cuello.

Espoleado por el dolor y aturdido por el desconcierto, el primer impulso de Marchelo fue llevarse las manos a la garganta para intentar escapar de la presión que amenazaba con ahogarlo, pero aquellos dedos blancuzcos parecían haberse vuelto de acero. Sentía el cálido aliento del peluquero en su nuca; podía escuchar sus gruñidos mezcla de excitación y esfuerzo a pocos centímetros de su oído, y durante un instante se cruzó con aquella mirada enfermiza. Descifró demasiado tarde lo que aquellos ojos transmitían: frustración y rabia, mucha rabia. Marchelo se retorció sin descanso buscando una oportunidad para escapar, pero todos sus esfuerzos resultaban en vano; la presión era insoportable; se asfixiaba. Por fin, cuando estaba a punto de perder la visión, se aferró a la última gota de oxígeno que le quedaba en los músculos e impulsado por la adrenalina, alargó la mano y agarró el par de tijeras que reposaban encima del tocador. Era eso o morir. Sin pensarlo dos veces alzó el brazo y clavó las tijeras a ciegas. No sintió dolor cuando el metal penetró en su cuello.

Giovanni lanzó un alarido animal y cayó de rodillas mientras se miraba con pavor el agujero que le traspasaba la mano de lado a lado. Sangraba, pero no tanto como Marchelo, quien todavía empuñaba las tijeras como si fueran un puñal. Se incorporó respirando con avidez, se taponó la herida del cuello con el paño que tenía sobre los hombros y se acercó al hombre que había estado a punto de acabar con su vida. Allí, arrodillado y sollozante el peluquero parecía mucho más joven; casi un niño que lloraba tras recibir otra paliza de su padre: un anciano adorable en el trabajo y un monstruo en casa. Pero Marchelo no sintió pena, tampoco miedo. Lo que experimentó estuvo más cercano a la rabia y al odio. Un odio tan desconocido como dulce y embriagador.

Tal vez por la apnea forzada, tal vez por la cercanía a la muerte, lo cierto es que algo había cambiado en su cabeza. Un velo irracional cubrió su mente y todo dejó de existir salvo él, aquel hombre patético y el acero ungido con dos sangres que sostenía en la mano. Se acercó un poco más y mientras la lluvia continuaba cayendo en el exterior, alzó las tijeras de nuevo y se dispuso a comprobar si Giovanni di Luca tenía el corazón tan negro como la sangre que brotaba de su mano.

Hermanos de Sangre

—Duerme cariño— dijo Elvira mientras arropaba y daba un beso en la frente a Clara.

—Tita tengo miedo. No me dejes sola.—Suplicó Clara.—¿dónde están mis padres?

—Ay mi niña. No temas nada.—Contestó Elvira mientras se recostaba a su lado y le pasaba el brazo por encima de los hombros acurrucándola contra su pecho.— Tus padres... están de viaje en un sitio muy lejano y por eso te han dejado conmigo.—volvió a besarla—Ya verás que bien lo vamos a pasar.

La niña empezó a sollozar y Elvira la abrazó más fuerte y comenzó a susurrarle una nana. Por fin, entre hipidos, la pequeña, de apenas seis años, se quedó dormida. Elvira, con mucha ternura, le despejó del rostro los cabellos rubios que se le habían pegado con el sudor y las lágrimas. Le dio un beso y salió de la habitación.

—¿Cómo está?— Preguntó David cuando Elvira llegó al salón.

—Mal. Ha preguntado por los padres.—Contestó abatida Elvira—Es muy duro perder a los padres, y más de esa forma. ¡Dios! Cada vez que lo recuerdo... no lo entiendo... ¡no lo entiendo!— Se puso las manos en la cara y comenzó a llorar.

—Tranquila Elvira— Dijo David abrazándola.— Olvídalo. No lo recuerdes.

—No puedo. Cierro los ojos y solo veo sangre.—Dijo con desesperación entre lagrimas.— ¡Sangre! No fui capaz de saber quien era mi hermana y quien mi cuñado. Sus cuerpos mutilados. Degollados. Todo rojo.....

—¡Olvídalo ya!—Gritó David zarandeándola—Ahora tienes que pensar en tu sobrina.

Un grito proveniente del cuarto de Clara los hizo volverse. Elvira se limpió las lágrimas y los dos se dirigieron al cuarto.

—¡No!—Gritaba y lloraba Clara.— ¡No!

Elvira corrió y cogió en brazos a la niña para consolarla.

—Ya esta. Tranquila.

—¿qué te pasa chiquitina?—Preguntó David mientras acariciaba la cabeza de Clara.

—Mi hermano...—gimió entre sollozos Clara— Mi hermano dice que mis padres están muertos.

David y Elvira se miraron extrañados.

—Cariño, tú no tienes hermano.—dijo David.

—Si que tengo uno. Se llama Michael. Esta allí.—Replicó Clara señalando hacia el hueco que había entre el armario y la ventana.

—Ahí no hay nadie.—susurró David a la niña mientras le acariciaba la cabeza.

—¡Pues esta ahí!—Chilló la niña.— ¡Dice que mató a mamá y papá porque no le querían!

—Cálmate mi niña.—La arrulló Elvira.

La niña lloró durante bastante tiempo antes de caer rendida. Elvira y David la acostaron y salieron del cuarto. Se miraron preocupados.

—¿Llegó a ver a los padres muertos?— dijo David.

—NO. No los vio. Y nadie se lo ha dicho.—replicó Elvira.

—Pues se lo estará imaginando.— Razonó David.

—No lo se.—Elvira se encogió de hombros.— Mañana hablaré con el asistente social. Ahora iré a darme un baño, necesito relajarme.

Elvira abrió los grifos de la bañera dejando que el agua corriera y el vapor comenzó a inundar de una neblina blanca todo el baño. Se desnudó, probó el agua con el pie y se metió en la bañera. El agua caliente la relajaba, y hoy lo necesitaba. Apoyó la cabeza en el borde de la bañera y cerró los ojos.

Un movimiento en las cortinas de la bañera la sobresaltó. Y lo que parecía una pequeña sombra se escabulló hacia la puerta.

—¿Clara, eres tú?—Elvira se incorporó en la bañera y descorrió las cortinas.

Allí no había nadie y la puerta estaba cerrada con el pestillo. Elvira salió de la bañera y, de todas formas, comprobó la puerta. Cerrada.

—Eres tonta.—Se dijo así misma.

Cogió una toalla y fue hacia el tocador. Miró el espejo. “Tía, ¿me quieres?”

Primero perdió todo el color de la cara. Luego gritó. Se sentó en el suelo, se abrazó a si misma y lloró.

David al escuchar los gritos corrió hacia al baño y aporreó la puerta. Al ver que no le abría, la empujó e hizo saltar el pestillo.

—Mira.—dijo con lágrimas en los ojos Elvira señalando el espejo.

David miró hacia el espejo y quedó helado. Cuando reaccionó, de una pasada con la mano borró la frase del espejo.

—Vamos.— dijo mientras levantaba a Elvira del suelo.— Vayamos al salón.

Elvira, sentada en el sofá, vestida con una toalla reliada en su cuerpo y una sudadera por los hombros, se balanceaba ausente abrazándose y llorando.

—Cálmate.—Dijo David desde la cocina donde estaba hirviendo agua para una tila.— Seguramente lo escribió Clara antes, cuando la bañaste.

La tetera silbó por el agua hirviendo. Y el silbido pareció una voz. “Y tu tío, ¿me quieres?”.

David gritó y, sin querer, con la mano tiró la tetera. El agua hirviendo se derramó por la encimera y cayó al suelo. Pero a medida que caía, marcaba el contorno de una pequeña figura. Un niño.

—¡Elvira! ¿y Clara?—Gritó mientras salía corriendo de la cocina.

—Durmiendo—contestó Elvira volviendo a la realidad.

—Ve por ella. Michael existe. Esta aquí.

A Elvira no le dio tiempo ni a dar dos pasos cuando un gran cuchillo apareció flotando por la puerta de la cocina.

—¡Clara!— Gritaron con desesperación los dos.— ¡clara ven. Corre!

Al llamar a Clara, el cuchillo se quedó parado a la altura de la puerta. Poco tiempo después, Clara apareció restregándose los ojos y Elvira, corriendo, la cogió en brazos.

—¿Que pasa?. Estaba durmiendo...!Ah! ¡No Michael. Los titos no!— Gritó Clara cuando vio el cuchillo y algo mas.

—No me quieren.—Susurró Michael.

—Sí nos quieren, son buenos.— Lloraba clara.— No los mates por favor.

—¡SI!

El cuchillo volvió a avanzar hacia ellos a través del aire. Cada vez notaban mas frío. Un frío gélido que les penetraba en los huesos.

—¡Si que te queremos!— gritó Elvira.— Lo que pasa es que no sabíamos que existías, no te hemos visto nunca.

—Entonces...¿queréis verme?— dijo Michael con alegría en la voz.

Una neblina empezó a formarse alrededor del cuchillo y una pequeña figura empezó a tomar forma. Parecía un niño, pero no podía serlo. Un poco de pelo ralo coronaba una cabeza con forma de huevo. Un ojo colgaba fuera de su orbita y el otro era una costra blanca de pus. No tenía nariz ni orejas, solo eran orificios rojos de los que chorreaba un liquido acuoso. Y la boca no tenía labios que la cubrieran. La mano que sostenía el cuchillo no tenía los dedos formados, el otro brazo era solo un muñón. Y las piernas una terminaba en algo plano y la otra acababa a la altura del tobillo.

La imagen del niño produjo arcadas en David y Elvira.

—Tenéis asco de mí.— Siseo Michael.—Sabía que erais como mis padres. ¡No me queréis! Volvió a levantar el cuchillo y se abalanzó sobre los tres.

—¡No!—Chilló Clara soltándose de los brazos de Elvira y saltando delante de Michael.

Michael no veía ciego por la ira. Y asestó, una tras otra, cuchilladas a la niña.

David y Elvira, abrazados y manchados por la sangre, lloraban ante lo que veían incapaz de hacer nada.

Michael clavó una y otra vez el cuchillo en la barriga de Clara. Luego en los brazos, en las piernas. En poco tiempo, todo el cuerpo quedó marcado, cortado, cercenado.

Pero a medida que clavaba su cuchillo en el cuerpo de la niña, la herida que causaba, afloraba en el suyo. En su barriga, en sus brazos, en sus piernas en todo su cuerpo aparecieron cuchilladas y la sangre chorreaba a borbotones.

Trozos de Michael cayeron al suelo. Se arrebujaron con los de Clara. Las sangres de los dos

hermanos se mezclaron en una.

Y con la última cuchillada, dos cabezas rodaron por el suelo.

